La música de las sirenas

JAVIER PERUCHO

narrativa

Musica_sirenas.indd 1 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 2 11/11/13 5:49 PM

La música de las sirenas

Musica_sirenas.indd 1 11/11/13 5:49 PM

Leer para pensar en grande

COLECCIÓN LETRAS

narrativa

Musica_sirenas.indd 2 11/11/13 5:49 PM

Javier Perucho

(selección, prologuillo y noticia documental)

La música de las sirenas

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

Musica_sirenas.indd 3 11/11/13 5:49 PM

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasro Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

La música de las sirenas
© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Javier Perucho, selección, prologuillo y noticia documental
© Autores antologados
ISBN: xxxxxxxxx xxxxxxxxxx

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/109/13

Impreso en México.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio
o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México,
a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

No amarte tuve propuesto;
¿mas proponer de qué sirve,
si a persuasiones Sirenas
no hay propósitos Ulises,
pues es, aunque se les prevenga,
en las amorosas lides,
el Griego, menos prudente,
y más engañosa Circe?

Juana Inés De La Cruz, *En que cultamente expresa menos aversión de la que afectaba un enojo*

Un día se hastiaron las sirenas de los crepúsculos marinos y de la agonía de los erráticos nautas. Y se convirtieron en mujeres, las terribles enemigas de los hombres.

Julio Torri

Musica_sirenas.indd 5 11/11/13 5:49 PM

En memoria de David Lagmanovich

Musica_sirenas.indd 7 11/11/13 5:49 PM

Agradecimientos

Por su amistad, generosidad y contactos, agradezco a mis amigos primeramente apuntando su nombre: David Chávez (Chile-México), Violeta Rojo (Venezuela), Lauro Zavala (México), Rony Vásquez Guevara (Perú), Gloria A. Ramírez Fermín (México), Ea Pozoblock (México), Gemma Pellicer (España) y Leydy Bibiana Bernal (Colombia). Presencias sin cuya pasión por el microrrelato, contagiado amor por las sirenas y ponderado saber literario, este florilegio hubiera quedado aún más desnutrido. Martín Gardella y Esteban Dublín, desde su fortaleza de la Internacional Microcuentista, me concedieron sendos comentarios que alinearon palabras liminares.

A cada uno, mi amistad y agradecimiento por sus empeños de argonauta en esta caza de sirenas.

Prologuillo

Redención genérica

La microficción nos obliga a pensar en las formas tradicionales de la representación literaria. Implica su reconsideración, una nueva puesta en escena de los géneros.

Como ya es costumbre, los autores de microrrelatos han variado tanto los recursos con que los pergeñan que ya es tarea postergada dar cuenta de ellos. Uno de esos procedimientos, como muestra de su ingenio, es el metacuento, el cuento de otro cuento, estrategia sherezadeana que no le ha sido ajena a pesar de sus dimensiones. Otro de ellos es la metaficción. Esa estrategia narrativa ha servido a los escritores para reflexionar sobre la literatura en sí misma.

Los recursos narrativos del microrrelato van de la prosa poética, la técnica del narrador omnisciente, a la denuncia social, además de valerse de la zoología fantástica para recrear ciertos conflictos humanos, aunque también de la viejísima treta del palimpsesto, el relato montado sobre otro jamelgo narrativo para dar origen a otro, impensado en el texto madre.

Con las sales del humor y los ácidos de la ironía, los autores diluyen en el reino de la ficción el orden social preestablecido, corroen los cánones de convivencia artística y socavan las identidades de los personajes que encarnan, y a su manera enjuician los principios de realidad que sostienen el sistema del mundo.

Musica_sirenas.indd 11 11/11/13 5:49 PM

Es un hecho sabido que la minificción comparte ciertas características con otros géneros donde la brevedad es la máxima de exposición. Así, la fábula, el aforismo, la greguería o la adivinanza logran su virtud por una estricta economía verbal. Economía que no admite despilfarros, escamoteos, fraudes, ni mucho menos operar en números rojos. Por el neoliberalismo de la palabra, la economía de esta literatura no admite saldos negativos.

El microrrelato no es la cruza indiscriminada de los géneros, sino un género nacido en nuestra modernidad literaria, que se gobierna por reglas intrínsecas a él, cuya extensión forma un valor supeditado a las normas de la composición literaria heredadas de la cuentística tradicional, es decir, de los diferentes estatutos narrativos que han conformado un canon y una tradición.

Ciertamente, el microcuento fue afín a las estéticas más innovadoras del siglo XX; aunque en éstas ya se deslavó su carácter vanguardista, la microficción sigue teniendo un impulso y un vigor inacabado. De hecho, en el mar de las industrias narrativas, se ha forjado un espacio indisputable, pues ya dispone de un público, el orbe editorial promueve sus antologías, la tradición académica lo ha vuelto objeto de sus acosos críticos, pues confecciona con él programas educativos, y la república literaria se solaza en y con las novelerías de la microficción.

Introducción a la sirenología

Un par de disciplinas han aparecido recientemente en los estudios literarios, es decir, a partir de ahora y desde esta espiga. Una recibió arbitrariamente el nombre de *nanoliteratura;* la otra, *sirenología*,

denominación igualmente azarosa. Su postulante balbuceó estas palabras en la requerida presentación social para explicarlas en un tratado sobre las sirenas: *Yo no canto, Ulises, cuento. La sirena en el microrrelato mexicano* (2008). Una parte de dicho tratado se desgaja en este manual de fantasías marinas. Su antecedente académico y literario se localiza en *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*, del no siempre bien ponderado Jorge Durand, escritor peruano radicado en México y emérito egresado del Colegio de México con ese libro, que en su origen remoto consistió en su tesis doctoral, auspiciada por el sabio Alfonso Reyes.

La nanoliteratura, en tanto que disciplina, se encarga del estudio de las musas menores que encuentran su más sólida expresión en el salmo, el apotegma, la parábola, el cuento brevísimo, la greguería, el aforismo, el poema en prosa y demás formas artísticas de la tradición literaria cuyos atributos se encuentran en la brevería narrativa, antiguamente aparcadas en la literatura gnómica. Por su parte, la sirenología, también fenómeno novedoso de las ciencias literarias, resuelve en las múltiples apariciones de la sirena, que se localizan en el arte antiguo y moderno, su objeto de estudio. Única en su tipo, ciertamente, pues las "ciencias" de la literatura se centralizan en los géneros, los autores, las corrientes, las épocas o su historiografía, pero no suelen concentrarse en la aparición, rastreo, documentación y análisis de los motivos literarios heterodoxos. En la actualidad, los más heterodoxos estudios literarios o culturales desmenuzan los mitos, la utopía, la mafia; en fin, los problemas que se localizaban en la periferia de la documentación literaria.

En los márgenes de los estudios literarios, la sirenología encuentra sustento en la recopilación, sistematización y estudio de

Musica_sirenas.indd 13 11/11/13 5:49 PM

esta figura mitológica, animal homérico, de aparición tan arraigada en el microrrelato hispánico como la misma reinvención narrativa del Dinosaurio, el Quijote, Odiseo, Sherezada o los fantasmas, prototipos literarios que han parodiado o reescrito los literatos en el último siglo. Aunque su objeto de estudio es la sirena, fauna del imaginario con características marinas y terrenales, de humana apariencia a partir de su torso; con semblante de pescado desde las corvas a la cauda, persigue la duda que atormenta a los hombres de letras desde Homero, de Dante a Joyce, ¿la música de las sirenas es una melodía?, ¿vocaliza un secreto?, ¿o una revelación del más allá?

La sirena es un animal receptor de mitos, emblemas y símbolos. El tratado sobre las sirenas alude a los atributos simbólicos adquiridos en el relato brevísimo, aunque la poesía no le ha sido un cuerpo ajeno en sus apariciones. Naturalmente, la sirena es una figura de la seducción, un animal anfibio que recorre la tierra convertida en hermosura y emerge del mar de los bestiarios con su doble ser de renacuajo y fémina. Su condición arrastra la metamorfosis del sujeto; en tanto símbolo suele expresar una renuncia a la tentación dispuesta en el cuerpo y cántico de las sirenas, al que Ulises despreció adoquinándose los oídos y atándose taimadamente al mástil de su barco marinero. En los cuentos didácticos, estas renuncias forman parte de una lección recubierta de moraleja.

La sirena es un personaje en ascenso socioliterario, pues de asumir una figura secundaria en cierto episodio único, logró remontarse a un papel protagónico en el microrrelato hispanoamericano, al que, además, se le asigna el paradigma de la belleza aunque también, misterios de la literatura, encarna las representaciones del mal, sobre todo en ciertos mitos y creencias populares,

Musica_sirenas.indd 14 11/11/13 5:49 PM

para aleccionar a los hombres, mayoritariamente, en contra de los excesos. En el relato homérico formó parte de un rito de inicio a la vida adulta, prueba en la forja y temple del héroe. De aquí se deriva que, como objeto del deseo, sea inasible e inalcanzable, por lo tanto la sirena está condenada a ser una expresión desiderativa, pues el amante no la encontrará más que en las veleidades de la prosa.

Así expuesta la disciplina, la sirenología encontró otro impulso en la recopilación animosa de *Yo no canto, Ulises, cuento. La sirena en el microrrelato mexicano,* pues otra espiga ya la había encaminado por la senda de la poesía por obra y empeño de Alejandro García Neria, quien resaltó sus ecos y reverberaciones con sus *Sirenas y toros en la poesía* (2004).

La sirenología

Esta ciencia literaria tiene, además, otros precedentes: he dicho que se inauguró con los estudios eruditos de José Durán, peruano educado en México y luego emérito profesor en Estados Unidos, cuyo libro *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes* persigue a esos animales fantásticos de la literatura y la naturaleza entre los libros del conquistador. Tuvo su apertura en la arqueología cultural de *Las sirenas, historia universal de un símbolo,* de la ensayista argentina Meri Lao, quien excavó en los patrimonios artísticos de la humanidad rastreando a ese animal anfibio, a veces gallinazo, dragón, bruja, mujer, pescado, en función del imaginario de las colectividades en que anduvo escrutando el mito de ese dichoso ser de los cuerpos de agua.

Musica_sirenas.indd 15 11/11/13 5:49 PM

Por su parte, el microrrelato latinoamericano o la literatura europea no escaparon a ese embrujo. En México los microcuentistas han utilizado a este personaje homérico colateral desde Julio Torri y Alfonso Reyes, por lo tanto la tradición del cuento sirénido surge en la primera década del siglo XX, tres de cuyos apologistas contemporáneos son Felipe Garrido —todavía sin compilar en único volumen sus cuentos del pez mujer—, Agustín Monsreal (*Sirenidades,* 2010) y René Avilés Fabila (*De sirenas a sirenas,* 2010). Por la misma época que Reyes y Torri, el venezolano José Antonio Ramos Sucre ya incursionaba en las polifonías del poema en prosa, *Las formas del fuego,* donde involucraba en sus tramas a la sirena.

Como figura literaria, sus primeras apariciones se remontan a la poesía novohispana de la Décima Musa: "En que cultamente expresa menos aversión de la que afectaba un enojo" y "Tres letras para cantar"; en el siglo XIX tiene otro impulso vivificador en el cuento romántico del escritor mexicano Justo Sierra, "La sirena. Recuerdos del mar" (1869). Así, la sirena como figura artística, por los biombos que se resguardan en el museo Franz Mayer, sito en la ciudad de México, se puede datar su presencia en el siglo XIX. Por la lírica, en el siglo XVII; por la narrativa, en el XIX.

El sirenario

Luego de exponer mi "género ponencia" en el Congreso Internacional de Microficción, realizado en Bogotá en el 2010, la editora de Cuadernos Negros, Leydy Bibiana Bernal, me obsequió la encomienda de buscar los microrrelatos hispanoamericanos que prolongan esa figura, forman una tradición y complejizan

Musica_sirenas.indd 16 11/11/13 5:49 PM

el microrrelato en Argentina, Colombia, Venezuela, Chile, Perú, España, Ecuador, Uruguay, Centroamérica y, en menor proporción, México, pues ya tiene su acervo en el susodicho *Yo no canto, Ulises, cuento*…, aunque vienen otros representantes nacionales en el presente esplendor de sirenas.

Ahora bien, ¿por qué empleo la imagen de la sirena en *Yo no canto, Ulises, cuento*…? Recurrimos al acervo del arte universal para apelar a esa figura mítica, un hermoso animal de la fantasía artística.

La imagen de la portada en el libro referido informa que, en el tiempo bíblico de la inundación universal, la sirena acompañaba el Arca de Noé en su tránsito de la pura agua. Mitología y ficción: atributos del ser humano para compensar sus carencias y atemperar las desavenencias de la naturaleza. Esa imagen icónica en el presente acompaña al hombre en su tránsito por el mundo, de ahí su importancia simbólica.

Se preguntarán cuál es la importancia cultural de esta figura mítica; sepan que en México apenas enciendes la televisión, encuentras un comercial que la representa; sales a la calle y la marisquería de la esquina ilustra amenamente sus paredes interiores con su figura sinuosa; la canción popular, con la petenera o la balada de Rigo Tovar, nos obliga a tararearla al instante; las artesanías la vivifican en llaveros, cerámicas, naipes, loterías, muñecas de trapo y en una inacabable parafernalia doméstica que la interpela con sus recreaciones. Por tal circunstancia, el imaginario nacional la lleva tatuada en la epidermis. No reseño su importancia cinematográfica, pues rebasaría los espacios concedidos a este prologuito. Sólo recuerden *La Sirenita*.

¿Qué originó este mito en la literatura universal?, me preguntaron en una entrevista, balbuceé entonces que rastrear los orígenes del mito es una tarea casi imposible en la actualidad, pues llevaría el tiempo de una vida aclarar sus inicios. Sin embargo, por los estudios culturales (mitología, arte, literatura, historia) sabemos que uno de los primeros registros líricos se encuentra en la literatura helénica —la *Odisea*, los mitos órficos—, tal vez herencia de otra civilización aún más antigua, que fundió en una sola entidad dos imágenes: una figura acuática (pez) y una humana (el torso femenino); el agua y la tierra; la naturaleza y el ser humano: el mundo anfibio. Su poder yace en la seducción que respaldan las sinuosidades de su cuerpo y en los trinos de su agraciada voz o terrible canto. Por su cántico, ese animal fantástico embruja a hombres y mujeres; por el erotismo de su cuerpo, el deseo se reconcentra. Por su doble condición —acuática y terrena— transita entre los secretos del agua y la tierra. Condición que sólo comparte con el ajolote, otro animal anfibio con luenga tradición en la literatura latinoamericana y la filosofía del ser mexicano.

Cauda

Dejo en sus manos y en el centro de sus ojos, para su regocijo y deleite, el primer sirenario que documenta las muy amenas apariciones de la sirena en la narrativa brevísima hispanoamericana de la centuria pasada y del corriente siglo xxi.

Javier Perucho

La música de las sirenas

Musica_sirenas.indd 19 11/11/13 5:49 PM

Los pescadores de sirenas

Rubén Darío
Nicaragua

Péscame una, ¡oh, egipán pescador! que tenga en sus escamas radiantes la irisada riqueza metálica que decora los admirables arenques. Péscame una cuya cola bifurcada pueda hacer soñar en el pavo real marino, y cuyos costados finos y relucientes tengan aletas semejantes a orientales abanicos de pedrería. Péscame una que tenga verdes los cabellos, como debe tenerlos Lorelay, y cuyos ojos tengan fosforescencias raras y mágicas chispas; cuya boca salada bese y muerda cuando no cante las canciones que pudieran triunfar de la astucia de Ulises; cuyos senos marmóreos culminen florecidos de rosa, y cuyos brazos, como dos albos y divinos pitones, me aten para llevarme a un abismo de ardientes placeres, en el país recóndito en donde los palacios son hechos de perlas, de coral y de concha de nácar. Mas esos dos sátiros que se divierten en la costa de alguna ignorada Lesbos, Tempe o Amatunte, son, ciertamente, malos pescadores. El uno, viejo y fornido, se apoya en un grueso palo nudoso, y mira con cómica extrañeza la sirena asustada y poco apetecible que su compañero ha pescado. Éste saca la red, y no parece satisfecho de su pesca. De los cabellos de la sirena chorrea el agua, formando en el mar círculos concéntricos.

Musica_sirenas.indd 21 11/11/13 5:49 PM

Sobre las testas bicornes y peludas se extiende, al beso del día,
un fresco follaje, mientras reina en su fiesta de oro, sobre nubes,
tierra y olas, la antorcha del sol.

Musica_sirenas.indd 22 11/11/13 5:49 PM

Mar latino

José Antonio Ramos Sucre
Venezuela

Estoy glosando el paisaje de *la Ilíada* en donde los ancianos de Troya confiesan la belleza de Helena. Me escucha una mujer floreciente del mismo nombre. Los dos sentimos la solemnidad de ese momento de la epopeya y esperamos el fragor del desastre suspendido sobre la ciudad.

Agamenón, el rey de las mil naves, puede apresurar, apellidándolas, el desenlace de la contienda.

La sucesión de los visos del mar, presentes en la memoria de Homero, desaparece bajo el único tinte de la sangre.

La mujer me invita a dejar el recuento de calamidades fabulosas y a seguir el derrotero de una fantasía más serena, en demanda de unas islas situadas en el occidente. Horacio las recordaba cuando quería descansar de los males contemporáneos.

Yo comprendo la excursión irreal sirviéndome de los residuos lapidarios de una leyenda perdida. Nuestro bajel solicita, a vela y a remo, los jardines quiméricos del ocaso. Nos hemos fiado a un piloto de la *Eneida*. Su nombre designa actualmente un promontorio del Tirreno.

La voz mágica de mi compañera fuga las sirenas ufanas de sus cabellos, en donde se enredan las algas y los corales, y se muda en un canto flébil. Invita a comparecer, bajo el cielo de lumbre desvanecida, la hueste de larvas subterráneas, mensajeras de un mundo espectral.

Sirenas

Jorge Luis Borges
Argentina

En el siglo VI, una sirena fue capturada y bautizada en el norte de Gales, y llegó a figurar como una santa en los almanaques antiguos, bajo el nombre de Murgan. Otra, en 1403, pasó por una brecha en un dique, y habitó en Haarlem hasta el día de su muerte. Nadie la comprendía, pero le enseñaron a hilar y veneraba como por instinto la cruz. Un cronista del siglo XVI razonó que no era un pescado porque sabía hilar, y que no era una mujer porque podía vivir en el agua.

Musica_sirenas.indd 26 11/11/13 5:49 PM

La sirena escamada

Gabriel García Márquez
Colombia

La sirena era una criatura que tenía de mujer lo menos útil y de pez lo menos aprovechable. En vista de lo cual, no hubo otra alternativa que dejársela a los poetas, las únicas personas capaces de sacarle algún partido a un ser que no ofrecía ningunas perspectivas ni como esposa amantísima ni como complemento del almuerzo. Una sirena, por su lado humano y desprovista de la fronda retórica, no sería sino una buena señora en una silla de ruedas. Se le vería salir al parque, en las tardes de diciembre, a tomar el sol, después de una larga temporada de vacaciones en la alberca del patio. Miraría con tristeza a los niños en sus triciclos o en sus patines y apenas con un resentido sentimiento de superioridad a las damas que, en un banco, estuvieran remendando las medias. La sirena sería una solterona inválida a quien el estado debería compensar con una pensión mensual la desgracia de ser mujer hasta donde no vale la pena y de ser pez desde donde serlo empieza a ser un serio inconveniente. A los dieciséis años, se le vería pasar en su silla de ruedas, cubierta de la cintura para abajo con un edredón a cuadros, y se diría:

"¡Qué lástima, ser inválida con esa cara!".

Y al fin y al cabo, castigada por su femineidad cerebral, se le vería morir de desesperación e impotencia frente a una zapatería. Si se considerara por el lado contrario, como pez, la sirena sería completamente inoperante. Sería lo suficientemente inteligente como para no morder el anzuelo y lo suficientemente torpe como para sentarse a cantarles a los navegantes, sin tener en realidad nada efectivo que ofrecerles. Con semejante inutilidad, lo más prudente que habían podido hacer era lo que hicieron: desaparecer. Ahora se informa, en un cable fechado en Viena, que por aquellos lados nació una criatura que al menos en su conformación anatómica era una sirena. Cabeza, brazos y pecho de mujer y cola de pez. Claro que no respiró un solo segundo el aire de los mortales, sino que se vino prudentemente muerta desde su oscuro periodo pre-natal. Pero de todos modos, cumplió a cabalidad con todos los requisitos que en los tiempos modernos debe llenar una sirena que se respeta: tener medio cuerpo de mujer, medio de pez y estar muerta. Lo demás lo harán los poetas. Y después de todo, por muy mal que lo hagan, no tendría nada de extraño que lo hicieran mejor que ciertos columnistas de periódico que una tarde cualquiera se sientan a escribir sobre las sirenas, y no logran hacer ni siquiera una nota mediocre.

Musica_sirenas.indd 28 11/11/13 5:49 PM

El amor de las sirenas

Wilfredo Machado
Venezuela

Una de las sirenas había seguido al Arca durante varios días a través de un mar tempestuoso que prometía echar a pique la embarcación a la menor falsa maniobra. A veces perdía el rastro entre las olas, para luego, más adelante, encontrarlo en algún pescado muerto que devoraba con fruición de un solo bocado, o en el vuelo lejano de un grupo de gaviotas que acompañaban al Arca en su ruta desconocida. Ella pensó que era como una cáscara de nuez a la deriva, o una tortuga flotando muerta, dormida para siempre en el océano.

La noche de la tormenta, al noveno día, Noé pensó en la sirena mientras finalizaba sus oraciones. Recordó los ojos huidizos que comenzaban a hundirse en el agua y que sabía perdidos para siempre como el amor o la esperanza de la vida eterna. La memoria era un débil coleóptero sobrevolando la escasa luz del candil que amenazaba con dejarlo sumido entre tinieblas, una máscara gastada por el tiempo y arrojada a las arenas del desierto. En la penumbra vio como en una pesadilla del futuro a un grupo de mujeres vendidas en una subasta pública la noche del gran incendio de una ciudad a orillas del mar, vio a otras que había poseído en la intimidad de una alcoba a las orillas

del Tana, y a muchas otras que nunca conocería porque sus días estaban contados como las estrellas del cielo.

Pero lo último que sintió al apagarse el candil y ser arrastrado por la tormenta al fondo del agua —entre el remolino húmedo de leones y jirafas, de zorros y buitres, de ciervos y elefantes que decían adiós con sus trompas— fue la mirada más triste del mundo a su lado, la cabellera de algas verdinegras, las manos húmedas y apresuradas que lo desnudaban en el silencio de las profundidades y unos diminutos dientes de pez que comenzaban a devorarlo despacio, casi amorosamente.

Musica_sirenas.indd 30 11/11/13 5:49 PM

Sirena

Patricia Esteban Erlés
España

La piscina venía con sirena. Nos dimos cuenta enseguida, en realidad nada más salimos al jardín, el día de la mudanza, dispuestos a limpiar el agua de musgos desvaídos y mariposas suicidas. Allí estaba ella. Su cara de muñeca de feria nos sonreía desde el fondo de nuestra maravillosa, diminuta piscina en forma de alubia, y la estuvimos mirando un rato sin saber qué decir, mientras ejecutaba para nosotros sus ejercicios rutinarios, como una Esther Williams con sobrepeso que no se resignara a olvidar las cámaras acuáticas de antaño. Ella fue quien rompió el hielo. Leímos un burbujeante "Hola" en sus labios rojo mercromina, y entonces tú agitaste la mano torpemente, como si fuera una aleta. Yo me sentía ligeramente incómodo, igual que si la vecina de enfrente me hubiera sorprendido espiándola con mis prismáticos, así que puse la boca en forma de "o" varias veces a guisa de saludo y dejé caer disimuladamente el cazamariposas verde, junto a la escalerilla.

Undine

Abelardo Castillo
Argentina

La sirenita viene a visitarme de vez en cuando. Me cuenta historias que cree inventar, sin saber que son recuerdos. Sé que es una sirena, aunque camina sobre dos piernas. Lo sé porque dentro de sus ojos hay un camino de dunas que conduce al mar. Ella no sabe que es una sirena, cosa que me divierte bastante. Cuando ella habla yo simulo escucharla con atención pero, al mínimo descuido, me voy por el camino de las dunas, entro en el agua y llego a un pueblo sumergido donde hay una casa, donde también está ella, sólo que con escamada cola de oro y una diadema de pequeñas flores marinas en el pelo. Sé que mucha gente se ha preguntado cuál es la edad real de las sirenas, si es lícito llamarlas monstruos, en qué lugar de su cuerpo termina la mujer y empieza el pez, cómo es eso de la cola. Sólo diré que las cosas no son exactamente como cuenta la tradición y que mis encuentros con la sirena, allá en el mar, no son del todo inocentes. La de acá, naturalmente, ignora todo eso. Me trata con respeto, como corresponde hacerlo con los escritores de cierta edad. Me pide consejos, libros, cuenta historias de balandras y prepara licuados de zanahoria y jugo de tomate. La otra está un poco más cerca del animal. Grita cuando hace el

amor. Come pequeños pulpos, anémonas de mar y pececitos crudos. No le importa en absoluto la literatura. Las dos, en el fondo, sospechan que en ellas hay algo raro. No sé si debo decirles cómo son las cosas.

Musica_sirenas.indd 34 11/11/13 5:49 PM

El deseo

Umberto Senegal
Colombia

Esa noche, hasta los tripulantes de un submarino que navegara cerca, habrían naufragado, fascinados por el canto de la sirena. Estaba sola en el islote de coral, difusa entre la neblina. Su lamento se extendió por un radio mayor al habitual, cuando se distanciaba del grupo para presenciar el amanecer encallada en el amenazante atolón. Sus canciones crecían en intensidad y tristeza desde cuando acechó la concurrida playa…

Hubiera sido mejor no transgredir normas. No permitir a su corazón adolescente anhelar aquello que jamás podría acompañarla en las profundidades de su hogar. Hasta sus oídos llegaban las risas, la algarabía de sensuales jóvenes. La primera vez que lo vio, jugaba por la playa, se tendía sobre la arena sin pudor alguno, se paseaba seguro de sí mismo por entre semidesnudas mujeres. Lo vio y quiso tenerlo a su lado, raptarlo si lo hubiera encontrado solo, cantar para él sus más hipnóticas canciones. Desconocía el tipo de sentimiento que la embargaba, convirtiéndole el océano en estrecho acuario. Ni su melindroso pulpo, ni su veloz caballito de mar, ni sus obedientes calamares gigantes, ninguno de los animales que sus padres le entrenaron,

la seducía tanto como ese perrito negro que correteaba por la playa, revolcándose en la arena sin pudor alguno.

Musica_sirenas.indd 36 11/11/13 5:49 PM

Jasón

Enrique Anderson Imbert
Argentina

Odiseo fue el primero en contarlo, pero la verdad es que, antes de conocer a Odiseo, ya Circe había avisado a Jasón que tuviese cuidado al pasar por la isla de las sirenas: con sus cantos lo harían arrojarse al mar, a menos —le dijo— que se tapara con cera los oídos u ordenase a los argonautas que lo ataran al mástil. Jasón no quiso cuidarse. Las sirenas, al verlo tan jactancioso, no le cantaron, y así, cruelmente, lo dejaron sin nada que decir.

Lobo de mar

Susana Camps Perarnau
España

En la voluta de humo de la pipa del capitán el grumete descubre el espejismo de una sirena. Cuando se abalanza sobre su imagen la pipa salta por los aires, y él caza el humo entre las manos. El capitán masculla un juramento y el muchacho abre asustado la prisión de sus dedos para mostrarle la sirena, del tamaño de un pececillo, que aletea desesperadamente en su palma.

—¡Tira enseguida esa morralla! —brama el capitán con auténtico pavor.

En el fondo del calabozo donde purga su vida de pirata, hoy pasa las horas muertas tratando de rescatar el recuerdo de aquel rostro de humana belleza que, segundos antes de ser devuelto al mar, le evocara el único amor que alumbró sus sueños de juventud.

Musica_sirenas.indd 40 11/11/13 5:49 PM

La última sirena

Diego Muñoz Valenzuela
Chile

La sirena se había descuidado en las últimas centurias: estaba rolliza, desgreñada y hosca. Uno que otro bergantín capitaneado por algún trasnochado y bajo el imperio de la neblina caía en su hechizo precario. Cuando el infortunado se percataba del mayúsculo error, ya era tarde: estaba encima de los arrecifes y los tritones comenzaban a dar cuenta de la carga interesante.

De tanto en vez, la espantosa sirena se encaprichaba con algún tripulante y los tritones lo arrojaban ante su cola escamosa y desvencijada. Lo convencían de hacerle la corte a cambio del perdón de la vida, promesa vana, de falsedad absoluta, que jamás se cumplió. A la ignominia de la posesión de la sirena senil, se agregaba la muerte.

El negocio iba de mal en peor y la banda se empobrecía. Más de una vez un tritón propuso conseguir una sirena encantadora, pero los mayores le hacían ver que ya no las había. Al fin la criatura feneció y a poco nadar los aburridos tritones siguieron su ejemplo.

Musica_sirenas.indd 41 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 42 11/11/13 5:49 PM

La pesca de sirenas

Leo Mendoza
México

Para capturar una sirena no hace falta devanarse mucho los sesos. Quienes se dedican a cazarlas lo saben aunque se niegan a revelar sus secretos. Yo no. El truco es muy sencillo: como ellas encantan con su voz, la vista es su punto débil y por ahí hay que encandilarlas. Por ello, cada inicio de temporada, los pescadores de sirenas se proveen de los últimos catálogos de moda, zapatos y cosméticos y aun de algunas muestras de lencería colombiana de encaje. Esto no sólo asegura una buena pesca sino también, en muchas ocasiones, excelentes matrimonios.

Versión

Juan Romagnoli
Argentina

Se ha dicho que el canto de las sirenas era tan bello como irresistible. Los marinos, hechizados, perdían la cordura y su nave se estrellaba contra las rocas del *sirenum scopuli*. Hay cuando menos un caso documentado en el que fueron burladas: La legendaria aventura de Odiseo, narrada por Homero. Es sabido que mediante un ardid acorde con su astucia, logró apreciar las voces, eludiendo las consecuencias fatales.

Es curioso que Odiseo no se volviera loco. Según versión posterior, en esa oportunidad el Coro de Sirenas fue dirigido por una Reina quien, oculta entre las rocas, usó una aguja de tejer como batuta.

La camarera cantante

Antonio Serrano Cueto
España

Al Chez Paul, en la rue de la Charonne, sólo vamos los adictos, los marineros que ya hemos perdido el norte y, sin embargo, nos sentimos a gusto en las aguas del extravío. Nos convoca la camarera cantante, ceñido el negro delantal debajo de los senos turgentes. Las horas se nos escapan sentados en la terraza, sumidos en el gozo de sentir cerca su presencia omnímoda y contemplar cómo su larguísima y rastrera trenza va dibujando la geometría de sus movimientos entre las mesas apiñadas. Cuando de repente se vuelve para atender una llamada, una inconfundible fragancia de frutos rojos queda prendida en el aire, que se agita estremecido. Sonríe, y en la bandeja de plata estalla el marino reverbero de sus ojos; canta, y la punta de la trenza se curva hacia arriba como ganchudo anzuelo, dejando al descubierto, bajo el pantalón de pitillo, las garras afiladas, aún oscurecidas por el último desgarro de la carne. Y, con todo, no faltamos a nuestra cita diaria en el Chez Paul, sin cera tramposa ni mástil protector, ansiosos por que llegue nuestro turno.

Musica_sirenas.indd 47 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 48 11/11/13 5:49 PM

La Pincoya

Juan Armando Epple
Chile

La llaman la Pincoya, habita en las costas de Chiloé y se parece a las sirenas. Cuando algún pescador logra verla, peinándose sentada en una roca, le traerá muy buena suerte en la pesca. Pero si el pescador se le acerca, con malas intenciones, ella comienza a mover la cola hasta hacer naufragar el bote.

Sirenas

Margarito Cuéllar
México

Una amante es una especie de moderna sirena. Te colma de halagos, endulza tu oído —como al calor del vino lo hace la sirena con el navegante—. Sus manos suaves y violentas. Su voz que embriaga y reconforta. Sus palabras matan el rencor y siembran la alegría. Una vez que sucumbes, olvida tu dinero, incluso tu vida.

La sirena del desierto

Martín Gardella
Argentina

En aquel desierto enorme, habita una sirena. Atrae a los viajeros con canciones melodiosas, imitando a aquellas que logró burlar Ulises. Aparece de repente, en medio de un maravilloso oasis, hacia el que corren los cansados peregrinos, encantados, en busca de descanso. Con el agua dulce de sus besos, sabe calmar la sed brutal de los aventureros que, sin poder evitarlo, se atreven a cortejarla.

Es allí cuando, por un instante, las arenas tibias del desierto se transforman en un mar hambriento, al que sólo sobreviven unos pocos hombres que, a pesar del cansancio y la corriente en contra, se animan a nadar.

¡Sirenas!

Ginés S. Cutillas
España

La única que parece tener algún extraño pacto con ellas es la anciana que vive enfrente de mí. No creo que las pueda ver mucha más gente. A esas horas de la madrugada en que la ciudad parece detenerse, demasiado tarde para llegar a casa y demasiado temprano para salir de ella, la vieja, puntual como un reloj, abre su balcón y vierte lo que creo son tripas de pescado.

Atraídas por el hedor acuden enseguida desde alguna parte del cielo —no sabría fijar el punto exacto—, moviendo la cola de forma pausada, como si el aire fuera su medio natural. Otras aparecen flotando entre los edificios desde ambos lados de la avenida, reflejando sus brumosas figuras en los cristales.

En cuanto una localiza la comida y acelera el aleteo, comienza el festín de cada amanecer. Se precipitan sobre los restos de pescado empujándose unas a otras mientras emiten esos sonidos guturales que me crispan los nervios. Cuando consiguen arramblar con un poco de comida entre sus torpes manos de pato, se retiran a alguna cornisa apartada y, celosas de su captura, no dejan de vigilar a su alrededor con esos ojos de lagarto bizco que parecen no ver mucho más allá de unos pocos metros, pues nunca se han percatado de que las observo cada

día escondido tras la cortina de mi ventana. Entonces las entrañas estallan entre sus afilados colmillos y los líquidos pútridos les resbalan por la barbilla al mismo tiempo que sus cabellos verdes, excitados como hogueras, flamean con furia.

Cuando la vieja deja de echar comida empiezan a desaparecer, cada una por donde ha venido, justo cuando suenan los primeros despertadores del barrio.

Musica_sirenas.indd 56 11/11/13 5:49 PM

Altamira

José Manuel Ortiz Soto
México

¡Quisiera ser un ángel! —dice con su vocecita cantarina de sirena, y acaricia el ala de su mudo acompañante.

—A mí me gustan tus escamas —musita desde el techo de la cueva, un ovillo grisáceo de orejas puntiagudas.

—¡Niños! ¡Dejen de moverse! —farfulla el homínido, las palurdas manos rebozadas de pigmento.

Barcos que arriban al amanecer

Fermín López Costero
España

Hay noches de insomnio en que abandono la lectura y bajo caminando hasta los muelles, para ver arribar los barcos sireneros. Me gusta observar cómo se desarrolla la descarga de las capturas, y ponderar el cuidado que ponen los marineros en esta tarea. Normalmente, utilizan sillas de ruedas, pero, cuando la bodega viene atiborrada, parece que son más prácticas las camillas plegables, como ésas que suelen emplearse en los campos de futbol.

Unas mantas ligeras, similares a las de viaje, cubren a las sirenas de cintura para abajo, de manera que, vistas desde la lejanía, sin que se distingan las aletas de la cola, parece que constituyen una comitiva de mujeres inválidas.

Sin pérdida de tiempo, los marineros las introducen en vehículos perfectamente acondicionados, que parten de inmediato sin que se conozca su destino.

Concluida la operación, regreso a mi casa y me acuesto. Por la mañana, nada más despertar, tengo la impresión de que todo ha sido un sueño.

Otra sirena

David Lagmanovich
Argentina

Los hombres que miraban por las ventanas del café quedaron atónitos. Mujeres hermosas pasaban a cada instante —era esa hora del día— pero aquella joven quitaba el habla. Esbelta, elástica, no mostraba nada y sugería todo. Se había detenido al otro lado de la calle, justo frente al café, como esperando a alguien. Un coro de silbidos admirativos surgió del edificio de Correos, cuyos empleados se interesaban más en los sucesos de la calle que en su trabajo. Hasta que alguien notó que no se alcanzaban a divisar sus pies. De las rodillas para abajo, las piernas estaban envueltas en una especie de túnica. Sin embargo, nada desmerecía la belleza sobrenatural del rostro ni los contornos del cuerpo, adivinado a través de las vestiduras.

Una fuerte ráfaga de viento interrumpió el hechizo. Al apartar la tela, surgió en lugar de las piernas la cola escamosa. Entonces se desató con fuerza la lluvia y en ella se disolvió la imagen de la sirena, restituida a su elemento, feliz en el agua que se batía sobre la ciudad.

Musica_sirenas.indd 61 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 62 11/11/13 5:49 PM

La sirena que estaba de vacaciones

Gabriel Jiménez Emán
Venezuela

En una alejada bahía del Caribe existió una vez una sirena cuyas vacaciones apenas eran notadas por algunos peces, aves, perros, gatos o animales curiosos que por casualidad pasaban cerca de un lugar de la ensenada donde ella descansaba, entre unas rocas que daban sombra. Ahí la sirena se peinaba y cantaba, se adornaba el cabello y el cuerpo con estrellas de mar, caracolas, algas y otros residuos de coral. Se comunicaba con gaviotas, alcatraces, hablaba con cangrejos y chapoteaba feliz entre peces y escualos, hasta que un día un niño la vio.

El niño, asombrado, detalló su cola verde con escamas brillantes, sus aletas que se movían graciosamente en la superficie del agua, sus senos redonditos, su cabellera negra, su tez morena, sus labios rojos y sus ojos verdes. El niño quedó impactado con aquella visión y le comunicó a su familia su descubrimiento.

La familia no le creyó, pero el niño se escapaba casi todos los días a visitar a la sirena (unos días la encontraba y otros no) y a medida que la veía, más era presa de su encanto, que fue modificando su comportamiento. El padre del niño se preocupó y lo acompañó hasta el sitio donde descansaba la sirena. No la

Musica_sirenas.indd 63 11/11/13 5:49 PM

vio esta vez, pero se percató de que el lugar estaba hechizado, y pensó que el niño podía estar diciendo la verdad. Se lo dijo a su mujer y a su mujer le pareció que aquello se estaba pasando de la raya, de modo que fue ella misma a ver el lugar, y no vio en el paraje nada especial. Pero se quedó con la duda, porque su esposo e hijo estaban actuando de una manera extraña. Entonces fue a un doctor a comentarle el asunto.

El médico le dijo que no se preocupara, que en aquella ensenada existía esa leyenda y era natural que la gente inventara mitos para entretenerse o para reforzar la tradición. La mujer se quedó más tranquila, pero prohibió al niño seguir yendo a la ensenada; el niño lloraba y lloraba por la orden de su madre, pero el padre del niño se fugó esa tarde hasta el lugar, y se quedó cerca de la bahía, para ver si la sirena aparecía. El hombre pasó casi toda la noche oculto tras unas rocas, se dormía y se volvía a despabilar hasta que por fin sus ojos pudieron ver a la sirena, sin que ella lo advirtiera. El hombre estaba asombrado, estupefacto con aquella aparición. Salió del pozo de las rocas e intentó acercársele, pero la sirena se puso nerviosa y comenzó a cantar alto. Ello bastó para que el hombre se detuviera y cayera bajo los efectos de su hechizo. Luego la sirena se bajó de las rocas, se zambulló en el mar y nadó veloz hacia las profundidades, perdiéndose de la ensenada por varias semanas.

Después de aquello el hombre enfermó y no volvió a ser el mismo. No rindió igual en su trabajo, tampoco fue esposo cariñoso con su mujer e hijo. El niño se puso triste y estuvo a punto de abandonar la escuela, casi no comía y se la pasaba acompañando a su padre enfermo. La señora no sabía cómo manejar

Musica_sirenas.indd 64 11/11/13 5:49 PM

aquella situación, la comunidad donde vivía casi no podía hacer nada para ayudarlos.

Al cabo de varias semanas la sirena volvió a la ensenada de las rocas y comenzó a cantar y a esperar que el niño llegara. En efecto el niño vino y besó a la sirena y le dijo unas palabras al oído. Entonces el niño se despojó del encantamiento y fue a su casa a decir que había visto con sus propios ojos cómo la sirena se había convertido en mujer. Cuando le dijo esto al resto de los habitantes del pueblo se sintió mejor, el padre recuperó la cordura y la esposa se colmó de alegría con la noticia.

Con su poder, la sirena había hecho creer al niño que su otra mitad eran piernas humanas, y que ahora debía marcharse porque tenía una familia en otra parte; ella estaba disfrutando de unas vacaciones tropicales que se habían prolongado en demasía; ella procedía del otro lado del océano y había viajado con un grupo de sirenas a visitar otros mares.

Pensó que ya era hora de regresar. Miró los amplios cocotales del trópico, sus esbeltas palmeras, respiró el aire cálido, y observó con nostalgia anticipada la luz brillante y las nubes blanquísimas, antes de desaparecer en las picadas aguas del mar Caribe.

Musica_sirenas.indd 65 11/11/13 5:49 PM

Sirena de kermés

Adriana Azucena Rodríguez
México

Mi sirena de la lotería. Entre el diablo y el valiente. La primera vez que tuve conciencia de sus senos desnudos, olvidé colocar el frijol; lo utilicé para delinear sus curvas, que por primera vez me descifraban signos hasta entonces incomprensibles. Descubrí también que nunca me había mirado, la vista en algún punto distante.

Supe después de las posibles razones de su nostalgia… no atraería su canto a ningún navegante. Sabría también cosas terribles: una remota pariente con su mismo nombre era un ave con cabeza de mujer; un absurdo navegante la había supuesto un manatí. Escucharía también el horror de la antropofagia…

Sentí un codazo. Había dejado ganar a Glauco, el mastodonte del salón, que gritaba ¡Lotería!, mientras repartía manotazos entre los compañeros.

—¿En qué estabas pensando, pendejo? —me gritó en el oído Ulises.

Con el frijol todavía en los dedos, junté mis manos bajo el pupitre, agaché la cabeza y me callé de pura vergüenza.

Musica_sirenas.indd 68 11/11/13 5:49 PM

Sirenas

Eduardo Galeano
Uruguay

Don Julián vivía solo, en la más sola de las islas de Xochimilco, en una choza de ramajes vigilada por las muñecas y los perros.

Las muñecas rotas, recogidas de los basurales, colgaban de los árboles. Ellas lo protegían contra los malos espíritus; y cuatro perros flacos lo defendían contra la mala gente. Pero ni las muñecas ni los perros sabían espantar a las sirenas.

Desde el fondo de las aguas, lo llamaban.

Don Julián tenía sus conjuros. Cada vez que las sirenas venían a llevárselo y cantaban las letanías que repetían su nombre, él las echaba contracantando:

Lo digo yo, lo digo yo,
que me lleve el Diablo, que me lleve Dios,
pero tú no, pero tú no.

Y también:

Vete de aquí, vete de aquí,
dale a otra boca tu beso fatal,
pero no a mí, pero no a mí.

Una tarde, después de preparar la tierra para sembrar calabazas, don Julián se puso a pescar en la orilla. Atrapó un pez enorme, que él conocía porque ya se le había escapado dos veces, y cuando le estaba arrancando el anzuelo, escuchó voces que también conocía.

Julián, Julián, Julián, cantaban las voces, como siempre. Y como siempre don Julián se inclinó ante las aguas, donde ondulaban los reflejos rojizos de las intrusas, y abrió la boca para entonar sus infalibles contracantos.

Pero no pudo. Esta vez, no pudo.

Su cuerpo, abandonado por la música, apareció flotando a la deriva entre las islas.

El lugar de la gloria

Enrique Jaramillo Levi
Panamá

Sus sueños nunca habían sido en lo más mínimo mitológicos. Ni tenían jamás relación alguna con leyendas conocidas. Es más, como él no era un buen lector, ignoraba cualquier información al respecto que luego fuera susceptible de ser reconocida en un sueño y reflexionada como tal. Más bien era un soñador compulsivo de escenas eróticas de lo más realistas en las que él mismo era o no era el protagonista, pero siempre permanecía vigente dentro de la escena misma como una conciencia, algo así como un testigo entusiasta si bien indeterminado y por tanto anónimo. Así es que, cuando soñó que se hallaba tendido en la negra arena de una playa soleada soñando con una sirena, quedó excitadísimo por la novedad, mas no por lo extraordinario del fenómeno, ya que no supo reconocer su ancestral prosapia. De largos cabellos dorados, la chica le ofrecía los duros senos refulgentes de salada blancura y en seguida daba una voltereta y le acercaba al rostro la gran cola plateada y ondulante como alternancias de una misma fluida provocación. Chupó entonces con el mismo deleite esos pechos con sabor a algas marinas y masticó luego aquel tremolante trasero sorprendente de pez travieso durante un tiempo que la conciencia que tenía

de la creciente excitación de ambos no supo medir. Cuando tuvo urgencia de poseerla no hubo más sitio a la vista que el hoyito diminuto de su ombligo para desfogar su pasión. Y resultó ese justamente el lugar de la gloria, pues la chica gemía su dicha como un viento huracanado y él gozó muchísimo más que al hacerlo en los viejos sitios conocidos. Cuando abre los ojos, en su cama recuerda que lo que más lo encendía era sentir la cola de aquella hermosa criatura golpeando una y otra vez sus nalgas mientras penetraba sin tregua aquel novedoso rincón del paraíso. No le sorprende el olor yodado que impregna la almohada, ni tampoco que al estirar un brazo su mano reconozca los duros pechos húmedos. Sabe, feliz, que ya no sueña.

Musica_sirenas.indd 72 11/11/13 5:49 PM

Extremas

Sandra Bianchi
Argentina

Es sutil y misteriosa. La veo sentada en una gran roca, tan abstracta y femenina, con su larga cabellera rubia. La veo mirando la inmensidad del mar, que es su casa. Conoce cada lecho de aguas, cada pozo, cada ola. Me pregunto si tiene nostalgia de ser humano o es feliz con su cola de escamas brillando al sol.

Me mira, cree que soy misteriosa. Me ve parada en la costa, tan concreta y femenina, con mi larga cabellera negra. Me ve mirando la inmensidad del mar, que también es mi casa. Conozco cada acto fallido, cada negación, cada lapsus. Se pregunta si tengo nostalgia de ser sirena o si soy feliz con mis piernas torneadas dorándose al sol.

Seis movimientos sobre sirenas

Luis Pulido Ritter
Panamá-Alemania

1. El niño tomó el libro de la estantería de su abuela. Ya el trópico, con sus polillas, hacía el camino por donde algunas sirenas entraron en su cabeza.

2. Abrió los ojos y estaban allí. Los cerró nuevamente con la esperanza de que al abrirlos desapareciera el miedo de su pecho.

3. No necesitó de amarrarse de un mástil del barco. Sencillamente decidió matar toda curiosidad por el conocimiento.

4. Dante, aliviado, salió del infierno por no verlas. No le comentó nada a su guía, Virgilio, por temor de que el sabio volviera sobre el camino recorrido.

5. "Yo te doy lo que nadie ha visto", dijo Mefistófeles al escuchar el canto de la sirena homérica en el pecho de su víctima.

6. Tan lejos y tan cerca. Tan mítica y tan real.

Musica_sirenas.indd 75 11/11/13 5:49 PM

Una cosa por otra

Laura Elisa Vizcaíno
México

Ocurrió que una mujer padecía de mal humor. Los médicos la examinaron y descubrieron una larga cola de pez que le impedía abrir las piernas. Se la quitaron y disfrutaron de la paciente hasta dejarla sin voz.

Musica_sirenas.indd 78 11/11/13 5:49 PM

Un pueblo con sirenas

Antón Rodríguez Castro
España

A Juan Casamayor, editor de cuentos

Soy de un país de brujas y cuentos. Mi padre me decía que los aparecidos llegaban con la lluvia y que las salamandras de la fuente eran sagradas: las veía allá en el fondo, entre azulencas y doradas, en el centro mismo del manantial. Siempre me decía lo mismo: míralas, sueña con ellas, pero no las toques. Mi pueblo estaba cerca del mar y nunca había conocido una nevada. En cambio, tenía mendigos que contaban historias de amor y que bailaban diversas melodías. Un día apareció un hombre joven; llevaba unos lápices en la mano y unas tizas de colores. Llamaba a las puertas, pedía un poco de agua y de conversación, y cuando tomaba confianza se ponía a dibujar. Dibujaba sirenas: en la pared, en el suelo, en la puerta de dos hojas de las casas. Lo más extraño era que de noche, cuando nadie se lo esperaba, aparecía la sirena que había pintado en la tinaja del ganado o en la bañera. Mi propio padre me decía que eso había pasado una, dos, tres, hasta diez veces y en diez casas diferentes. Casi todas las casas tenían su sirena. Los paisanos querían ponerle el nombre más bonito: Violeta, Beatriz, Lena, Saraí, Adelina, Aura, Albaida, Rosalía… Hubo un instante en

Musica_sirenas.indd 79 11/11/13 5:49 PM

que todos querían ver la sirena del vecino, e iban en auténtica procesión, como a una romería. Yo también quise ir, pero mi padre me detuvo: "Andrés: no vayas —me dijo—. Las sirenas son más bellas cuando las imaginas."

Musica_sirenas.indd 80 11/11/13 5:49 PM

Infidelidad

Alberto Benza González
Perú

El pescador degustaba un plato de ceviche, mientras lo hacía recordaba la infidelidad de su esposa. Al pasar los minutos se dio cuenta de que ese episodio ya era parte del pasado, así que prosiguió, con ligereza, a saborear a su amada sirena.

Musica_sirenas.indd 82 11/11/13 5:49 PM

Huevos de sirena

Ana María Shua
Argentina

Las sirenas cantan, cantan sin cesar, mientras duermen, mientras copulan. Algunas fingen el orgasmo con una nota agudísima que desconcierta a los tritones. A pesar de ser obviamente mamíferas, son también ovíparas, como los ornitorrincos. Siempre cantando, acuden por millares a desovar en los arrecifes, en esos espacios de tiempo que los seres humanos no alcanzan a percibir (tal como no oyen ciertos sonidos, o no distinguen ciertos colores). Anidan entre las rocas, aprovechando los huecos naturales que tapizan con algas, líquenes y musgo. Los huevos son grandes, tornasolados y emiten un zumbido melodioso: parecen cajitas de música. Algunos son el resultado del apareamiento entre las sirenas y los tritones y de ellos nacen seres de su propia especie. Otros provienen de las relaciones entre las sirenas y los ahogados, que eyaculan en el momento de la muerte. Estos huevos híbridos resultan, en su mayoría, estériles.

Musica_sirenas.indd 83 11/11/13 5:49 PM

El último sireno

Isabel Mellado
España

Lo conocí cuando colgaba del cielo mi luna favorita. No fue su voz lo que me atrajo a la orilla. Quizá una ola húmeda, salada y estrafalaria. El sireno cantaba y cantaba. Yo perseguía su gesto. Cantó hasta deshacerse en escamas, él y la noche. Todavía recuerdo la expresión de su cara, un olor a ostras frescas, el frío de sus dedos, su saliva muerta en mi boca. ¿Debí hablarle de mi sordera?

Congreso de sirenas

Ricardo Cartas
México

Llegaron todas las representantes oficiales de los océanos muy elegantes y con aires de mujeres doctas. Los temas que se discutían eran tantos que el programa se extendía como bandoleón de argentino triste. Cada año era lo mismo: contaminación de los mares, nostalgia por los piratas, clínicas de canto. Lo de siempre. Las cultas sirenas lo único que esperaban era ver a las viejas amigas y pasar un par de noches en parranda.

Lo único extraordinario fue la presencia de un sirenólogo que había insistido en dar una conferencia sobre la especie. La mayoría no lo tomó en serio. ¿Qué podían escuchar que no hubieran vivido? Decían con la soberbia de siempre. Sólo unas cuantas despistadas y voyeristas asistieron, entre ellas Renata, una sirena del Ártico que viajaba sola y jamás se mezclaba con las jacarandosas del Pacífico y Atlántico.

El doctor se presentó con un traje combinado y corbata al tono. La presentadora le dio la palabra, no sin antes hacer una inspección detallada a su fino traje. Después de leer su exquisito currículum, fue recibido con unos cuantos aplausos. Lo que más sorprendió a las asistentes fue su participación en un

Musica_sirenas.indd 87 11/11/13 5:49 PM

documental sobre la captura de una supuesta sirena y su visible pasión por la literatura.

El tema era lo de menos. Renata no puso atención a las palabras que iba pronunciando el doctor, sólo escuchaba el latido de su corazón cuando él la miraba fijamente.

Cuando la conferencia terminó, el doctor y Renata se buscaron como desesperados. De inmediato él comentó, rozando su lóbulo: "Vámonos al mar porque en la tierra no hay justicia." Ella sonrió, lo tomó de la mano y salieron de la sala.

Fueron a cenar a un restaurante donde no pararon de citar de memoria autores y ediciones extrañas. Sus gustos eran idénticos. Pero al pasar las horas los silencios empezaron a hacerse más frecuentes.

—Ya es hora de irnos —dijo ella, mientras se limpiaba la boca, dejando marcado en la servilleta el carmín de sus labios.

Él pidió la cuenta y sacó un par de billetes de su cartera.

Caminaron hacia la playa. La cargó antes de tocar el agua. Ella le dio un beso y luego le aflojó la corbata.

—¿Has leído El Dinosaurio de Monterroso? —le preguntó ella.

—Algunos fragmentos —le contestó el doctor bromeando.

—Cuando despertemos, aún estaremos aquí, tú y yo juntos —dijo ella mientras sentía los labios tibios de su amante.

Una mano húmeda tocó su hombro. Cuando Renata abrió los ojos supo que se había tratado de un sueño. En la sala no había nadie más que un anciano levantando las sillas. Ella tomó su bolsa y salió a enfrentar su soledad.

Musica_sirenas.indd 88 11/11/13 5:49 PM

Silencio de sirenas

Marco Denevi
Argentina

Cuando las Sirenas vieron pasar el barco de Ulises y advirtieron que aquellos hombres se habían taponado las orejas para no oírlas cantar (¡a ellas, las mujeres más hermosas y seductoras!) sonrieron desdeñosamente y se dijeron: ¿Qué clase de hombres son éstos que se resisten voluntariamente a las Sirenas? Permanecieron, pues, calladas, y los dejaron ir en medio de un silencio que era el peor de los insultos.

Musica_sirenas.indd 89 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 90 11/11/13 5:49 PM

La sirena en el arca

Eduardo Gudiño Kieffer
Argentina

Hace tiempo que la lluvia despliega sus transparentes abanicos sobre el mundo. El único sonido que se oye es el de las gotas suicidándose contra las aguas, contra el maderamen del Arca o contra las barbas de Noé, cuando éste se asoma a interrogar al cielo. Jehová suele responder sordamente, con tronantes borborigmos que obligan a las aves, posadas en altas perchas, a esconder la cabeza bajo el ala. Noé cierra entonces los postigos y va a acurrucarse entre su mujer, sus parientes y otros animales aterrados. No sabe qué responder a las miradas inquisitivas, y para evitarlas se entretiene recorriendo las novecientas cabinas repartidas en tres pisos, o contemplando la piedra preciosa que simboliza a la Luz Divina en medio de la catástrofe.

Afuera, efímeros cuchillos rasgan el aire. Nadie habla, nadie grita, nadie llora. Los animales están silenciosos. Sólo se escucha el ruido de la lluvia, aferrándolo todo con sus mojadas raíces. Hasta que se oye la otra voz. Primero suavemente, tímidamente; después nítida y pura, remontándose ondulante y azul desde la sentina. Las aves estiran sus cuellos, los animales se desperezan, la mujer de Noé siente que se le eriza la piel. Y la voz crece, crece en curvas magníficas, en benjuí y en mirra, en estelas de oro y

Musica_sirenas.indd 91 11/11/13 5:49 PM

de espuma. Acaricia y flagela, libera y cautiva. Ni querubines ni serafines son capaces de cantar así. Pronto el Arca es un pandemonio: los pájaros se golpean contra las paredes, la pantera está en celo, la mujer y las nueras de Noé han desplumado al pavorreal para adornarse con profusión. Y aunque afuera sigue lloviendo normalmente, Noé se da cuenta de que algo no anda bien. Y baja a la sentina en busca de la voz. Al fin la encuentra en un penumbroso rincón. ¡Oh, el monstruo, el monstruo! ¡El monstruo de largos cabellos verdes, verdes, sí, de un verde flagrante y descomedido; verdes y desparramándose sobre los hombros pálidos y sobre el pecho como una cascada de algas! Noé se inclina asombrado sobre el cuerpo increíble. Rayo de luna o pétalo de magnolia que abajo se oscurece y adquiere una leve pátina de azulada, hasta transformarse después en una loca fiesta de escamas: oro y zafiros y esmeraldas y nácares y calcedonias entremezcladas en un juego armonioso, flexible, de luces vitrificadas y meandros paralelos… ¡Oh, el monstruo! ¿Cómo la demoníaca criatura ha logrado colarse en el Arca? ¿Cómo ha aparecido allí un ser que no existe, producto de una mitología aún no inventada? Noé se siente burlado. Y ni siquiera sabe que mientras arroja a la sirena por la borda, está arrojando al agua a su propia imaginación que lo traiciona, y que seguirá traicionándolo porque las sirenas cantarán siempre, no sólo para Noé sino para sus hijos, para los hijos de sus hijos, para los hijos de los hijos de los hijos, etcétera.

"Pero nunca nunca digas que oyes cantos de sirena, porque te acusarán de no descender de Noé. O de tener imaginación (que es casi peor)."

La sirena violada

René Leiva
Guatemala

A pesar de eso que llaman pesquisas, y de no contar con testigos ni sospechosos, a las autoridades del puerto no les cabe duda de que la sirena ha sido violada. Devuelta al mar lo más pronto posible, un convencional silencio ha ido cubriendo el suceso. Los humildes pescadores saben, sin embargo, que el culpable repetirá su vileza. Un día de estos aparecerá otra sirena en la playa, atravesado el pecho con arpón y el anzuelo en la boca.

Musica_sirenas.indd 94 11/11/13 5:49 PM

Duelos

Raúl Brasca
Argentina

La monstruosa sirena griega posó sus garras sobre la roca que emergía del agua, plegó las alas y comenzó a cantar. La barca puso proa hacia ella.

Una sirena diferente, con una poderosa cola de pez, surgió del mar a popa y se tendió en otra roca no muy distante. Era hermosa y tenía pechos grandes. Sus cabellos verdes resplandecían al sol. Cuando hizo oír su canto, la barca invirtió el rumbo y fue a su encuentro.

La griega no se arredró. Ella pertenecía al aire y el aire, que estaba de su lado, produjo una suave brisa que, luego de trasladar su voz intacta a los tripulantes, apresó la de su rival y la llevó lejos. Los remeros bogaron de nuevo hacia la emplumada.

Pero una derrota de la bella humillaba al poderoso mar. Sus aguas se agitaron turbulentas y una fuerte corriente volvió la nave a su anterior destino.

Así fue como empezó el duelo entre el aire y el agua. Cuando la barca amenazaba ir hacia la griega, la corriente se volvía más vigorosa y no la dejaba avanzar. Cuando parecía desplazarse en el sentido opuesto, un vendaval frenaba las olas. Pasaron los días y los remeros languidecían, hambrientos y exhaustos, sin

Musica_sirenas.indd 95 11/11/13 5:49 PM

lograr que la nave se desplazara. Las dos sirenas, fieles a sus dioses tutelares, cantaban. Cantaron sin parar hasta mucho después de la muerte del último tripulante. Y siguieron cantando por años. Sólo cuando la vejez y el ajetreo del viento y el agua hundieron la barca, la griega alzó vuelo y la bella volvió a las profundidades. Sin embargo, sus voces mágicas resonaron en ese lugar durante mucho tiempo.

Musica_sirenas.indd 96 11/11/13 5:49 PM

La flauta de Ligia

Rogelio Guedea
México

Pasé mi infancia en Isla Navidad, un pequeño poblado cercano a las costas de Jalisco. En la casa contigua a la mía vivía Ligia, hermosa vecina que estudiaba en la misma escuela que yo. Aunque dos años arriba, coincidíamos en la clase de flauta. La maestría de Ligia no tenía rival. Solía practicar todas las tardes. Tocaba la flauta a la hora en que mis padres dormían la siesta, por eso lo recuerdo bien. La melodía de su flauta entraba por un resquicio de la persiana y no había manera de librarme de ella. Al principio era ensordecedora, pero después me pareció tan dulce como las guanábanas de temporal. Apenas escucharla, no podía evitar imaginarme al lado de ella, atado a su piel como el náufrago a un pedazo de madera. Pero por alguna extraña razón, mi madre me tenía prohibido jugar con Ligia en la calle, no importaba si había terminado la tarea o tirado la basura en el contenedor. Siempre lo mismo. Tal vez era porque la madre de Ligia, doña Calíope, tenía muy mala reputación. Cuentan que desde que enviudó no hacía sino sonsacar a los esposos de las mujeres del barrio, y eso seguramente molestaba mucho a mamá. O quizá porque Ligia era mayor que yo y su precocidad podía olfatearse a miles de kilómetros. No podría saber ni lo uno ni lo otro. Lo

Musica_sirenas.indd 97 11/11/13 5:49 PM

único cierto es que su amor, como la melodía de su flauta, se fue metiendo en mis carnes como un cuchillo en el agua hasta que un día, doblegado por una obsesión irreprimible, no tuve más remedio que subir a la azotea por los barrotes enmohecidos del ventanal, brincar la bardilla que dividía nuestras casas y entrar en su habitación. Al verla sentada sobre el filo de su cama, desnuda de la cintura hacia arriba y tapada con una toalla roja de la cintura hacia abajo, caí de espaldas en sus brazos y ya jamás pude librarme de ellos, aun cuando los aullidos de mi madre, en el fondo de mi esqueleto, me instaban, inútilmente, a regresar.

Musica_sirenas.indd 98 11/11/13 5:49 PM

Sirena

Esteban Dublín
Colombia

A Javier Perucho

Soy marino. Bueno, marino retirado para ser más exactos. La última vez que zarpé, naufragué. No digo que me hayan olvidado, porque más de una vez han llegado a rescatarme, pero yo mismo he preferido quedarme en esta isla. La razón no puede ser otra: me enamoré de una sirena. La primera vez que la vi, temí que me embrujara con su canto, pero al conocerla, comprendí que la advertencia de Circe no era más que un mito. Ambos renunciamos a nuestros mundos: yo, a la mujer que me esperaba en casa y ella, a los cientos de tritones que la pretendían. Cualquiera puede comprender que un mortal como yo se pierda por la belleza de una sirena, pero lo que nunca me cupo en la cabeza fue que ella me correspondiera. Un día, incrédulo ante el amor que me profesaba, le pregunté qué era lo que más le gustaba de mí. "Tus piernas, guapo", respondió sin dudar.

Resplandores

Marco Aurelio Chavezmaya
México

"En las tardes de lluvia, entre aquellos desolados y húmedos tulares, había unos resplandores muy raros, como de relámpagos recién nacidos. Entonces se veía a una mujer con cola de culebra o de pescado que peinaba y trenzaba sus cabellos, los engalanaba con flores del agua. La mujer usaba piernas al buscar marido. Si encontraba un hombre, le decía: Vente a vivir conmigo al centro de la laguna. Para convencerlo, levantaba sus faldas y de su cuerpo pendían sartas de peces blancos, ranas, acociles, patos… Al fulano lo nublaba la ambición y el deseo, porque la hembra estaba hermosa. Y ella lo ahogaba en el tálamo, rodeado de tulares.

"Y un día de ésos, durante mi oficio de arriero, topé a la mujer. Me pidió que la llevara a la montaña. Caminamos mucho y ella no hablaba, iba como llorando muy quedito. Me dijo que la dejara quedarse conmigo en el mesón. Salí a tomar trago y volví en la madrugada, con apetencia de probar su hermosa carne. Sobre la cama dormía enroscada una serpiente. Era, pues, la Tlanchana, la mujer culebra. Despertó y, transformada, me dijo que quería ser mi mujer. Y entonces alzó los brazos y escurrieron de sus senos y axilas sartas de ajolotes, culebritas

de agua, peces y ranas. Pero yo la maté. Y desde entonces se secaron los ojos de agua".

Eso contaba mi padre cuando se hartaba del blanco aguamiel fermentado. Yo, como él, ando siempre en el agua. Y en las tardes de lluvia busco resplandores. Pero mi corazón es una piedra seca; mi alma sola no sabe mirar mujeres hermosas con cola de pescado, hembras que adornen sus trenzas con flores acuáticas mientras murmuran dulcemente: Vente a vivir conmigo al centro de la laguna. No hay remedio: unos encuentran el resplandor y el sueño. Otros no somos sino simples borrachos.

Musica_sirenas.indd 102 11/11/13 5:49 PM

Hic sunt sirenae o el origen de las sirenas

Rony Vásquez Guevara
Perú

No le importó que aquel hombre de poblada barba blanca ordenara que cerraran las puertas de su descomunal embarcación, incluso cuando divisó que el diluvio se aproximaba. Atargatis prefería seguir bebiendo con sus amigas. Pasaron, entonces, cuarenta días y cuarenta noches, hasta que el cielo por mandato divino se despejó. Noé jamás imaginó que al abrir las puertas del Arca volvería a encontrar a Atargatis bebiendo con sus amigas, todas recostadas sobre unas rocas y con la mitad de su cuerpo en forma de pez.

Musica_sirenas.indd 103 11/11/13 5:49 PM

Ulises

Gemma Pellicer
España

Cruza las piernas y, en ese leve movimiento, logra atraer unas cuantas miradas. Ahora se ha puesto en pie para ajustarse mejor la falda. Lleva un escote no muy pronunciado, pero sí lo bastante como para retener la atención del grupo. Acaso haya cosechado algunas miradas más. Tras pasear un rato por el estrecho pasillo sin poder disimular el ligero balanceo de sus caderas, decide volver a su asiento; por supuesto, ninguno de sus admiradores ha dejado un segundo de observarla.

Cierto que, en casos como éste, pasajeros y tripulación suelen aprovechar cualquier circunstancia para entretenerse, pero también es justo reconocer que esta mujer tiene algo especial. Sin ser hermosa, es evidente su atractivo. Cuenta con esa edad en que las mujeres se ponen muy guapas. Debe haberse dado cuenta de que, para entonces, éramos legión los que estábamos mirándola, pues enseguida ha decidido poner a salvo su escote.

Pero ya era tarde. De pronto, su público entregado, yo entre ellos, ha empezado a pedirle, a implorarle casi, que no fuera tan desdeñosa. Por suerte, no se ha hecho de rogar, consintiendo en darse otro paseo. Ya luego, casi de inmediato, ha ocurrido el accidente.

Musica_sirenas.indd 105 11/11/13 5:49 PM

Tras el aterrizaje forzoso, y sólo cuando el avión se hallaba a salvo de las olas, he podido asistir a algunos pasajeros. Algo distraído, me ha parecido apreciar, apenas un instante, el rastro espumoso de una cola de sirena perderse entre las aguas.

Musica_sirenas.indd 106 11/11/13 5:49 PM

De líquido silencio

Luis Tovar
México

Ella nunca fue de muchas palabras, pero el silencio de las últimas horas juntos nada tenía que ver con aquel otro, anuente y terso, con el que habían aprendido a entenderse y que, tantas veces, les permitiera salvar sin daño los escollos de algún desacuerdo que así, calladamente, para fortuna de ambos nacía muerto: ella tenía una manera de cambiar los alegatos por una mirada que valía por todas las sonrisas, que a él le suprimía la necesidad de chapalear en explicaciones que, como en el fondo sabían ambos, no servirían de nada porque nada iban a cambiar.

El alto precio de la maravilla era tenerla, vivirla en un secreto sin fisuras, como si se tratara de un acto clandestino. Renunciar a esa dilatación del privilegio que consiste en darlo a conocer no le había costado ni dolido al principio, como sucede cuando el placer empata con el egoísmo, pero no transcurrió mucho tiempo para que otras cuestiones irrumpieran en ese pequeño edén puertas adentro: ella comprendía las razones de su encierro, no sólo por la dificultad estrictamente física de su desplazamiento sino, sobre todo, por las implicadas en su aparición pública. Las comprendía, pero a cada tanto le sentaba peor el

Musica_sirenas.indd 107 11/11/13 5:49 PM

confinamiento, la inmovilidad; literalmente, el estancamiento. Después de todo, y como cualquier sirena, ella tenía sus necesidades, entre las cuales la de moverse no era la menor.

Empero, pudo soportar las horas de larga soledad cuando él debía salir de casa. Muchas veces le bastó con escucharlo entrar y verlo aproximarse, para sentir la alegría bulléndole hasta la coleta. Entonces todo se olvidaba y ambos, sirena y hombre, inauguraban formas nuevas para refrendarse perteneciente al otro.

Se dieron cuenta al mismo tiempo: como porque sí, a ella comenzaron a brotarle más escamas que subían, ganándole palmos al torso de perfecta piel humana. Al sentir que rebasaban el ombligo —qué pérdida, qué tristeza inmensurable— entendieron que debían hacer algo. Fueron a la misma playa virgen donde él la había encontrado, y sucedió lo que deseaban pero al mismo tiempo temían: en contacto con el mar ella era de nuevo del todo una sirena, las escamas en su sitio, ni una más.

Volvieron a casa, pero sabiendo que sólo postergaban lo que ya era inevitable. Reacios a perderse, dejaron que el empezamiento alcanzara la base de los senos, hasta que una tarde cualquiera él volvió del trabajo para encontrarse con una perfecta carpa en el estanque.

No dijo nada; naturalmente, ella tampoco. Así la trasladó de nuevo hasta la playa, y junto al risco del primer encuentro la depositó en el agua. Por completo pez la vio alejarse mar adentro, y quién sabe si fue verdad o el espejismo que le inauguraba la nostalgia, la ya distante ondulación que allá, sobre una alta ola, tenía más aspecto de cabellera que de dorada espuma.

Musica_sirenas.indd 108 11/11/13 5:49 PM

Lorelei

Lilian Elphick
Chile

Los navegantes mienten al decir que los seduzco con cantos de sirena. Son ellos los que me embriagan con su muerte de agua dulce. La metamorfosis es rápida: mi cola de brillosas escamas deja paso a un par de miembros pálidos que no sé usar. Trato de incorporarme y caigo, rompiéndome la piel inútil, mientras el barco se aleja arrastrando el anzuelo incrustado en mi boca.

Musica_sirenas.indd 110 11/11/13 5:49 PM

El chal de lentejuelas

Ramón Gómez de la Serna
España

El caballero desconfiado temía en las travesías a las mujeres que tenían algo sirenaico y se resistía siempre a la proposición de asomarse a la pasarela de cubierta acompañando a esas damas en traje de noche que rimaban con la seducción del mar.

Pero durante aquella velada se había visto arrastrado por la belleza del chal de lentejuelas moradas, que mimaba la tentación del oleaje con aquel chal, que era como un mapa de los cielos oscuros a la par que estrellados cómplices de la fatalidad marítima.

Enfrascado en su conversación —botella de naufragio— no se habían dado cuenta del pasar de las horas, cuando ella miró el reloj y salió corriendo hacia los salones siempre encendidos.

El caballero desconfiado, que se quedó pensativo, meditando si aquello debía continuar, vio de pronto, como alucinación reveladora a la rielante luz del barco, el ala desplegada de aquel chal de lentejuelas extendido sobre las olas.

Musica_sirenas.indd 112 11/11/13 5:49 PM

Soy Ulises

José Antonio Lugo
México

Las sirenas son una especie maldita. No son ni serán fértiles, sólo viven para el placer efímero. Sus escamas son símbolo de la dureza de su alma. Sólo sirven para cantar y amar. Su manera de amar es, dirían los analistas, oral, por lo que los narcisistas son para ellas presa fácil, salvo Ulises, cuya astucia lo salvó al amarrarse a la verga del barco.

No sucumbiré a sus encantos, soy como el héroe más inteligente de Troya.

Su cabellera es dorada, sus ojos lánguidos se muestran inocentes. Toca el arpa para mí. Me anuncia el paraíso. No cederé. Siento sus pezones en mi rostro. Una eternidad. Ahora descienden por mi pecho. No caeré en la tentación.

He dejado de ver sus ojos, sólo veo su cabellera. ¿Hay vista más hermosa, acaso, que la cabellera de una sirena a la altura de nuestra cintura? No debo decir eso. Es tiempo de huir. Sus manos me tocan como al arpa. No toleraré una caricia más, soy astuto y fuerte como Ulises. Su lengua me lame.

¿A quién le importa Ítaca? Mi Penélope tendrá que seguir tejiendo. No regresaré ni veré a mi Telémaco. Sus labios me toman.

Musica_sirenas.indd 113 11/11/13 5:49 PM

Uno de sirenas

Rafael García Z.
Colombia

Las primeras notas, apenas audibles, las escucha al iniciar la lectura del *Canto XII*. Unos párrafos más adelante, entre oración y oración, la melodía llega hasta sus oídos con mayor nitidez. Finalmente, tras cada palabra leída, la voz hipnótica de las ninfas marinas alcanza tal intensidad que termina por inundar sus sentidos y sumergirlo en un tormentoso duermevela. Ahora, en medio de espumas de papel, se haya náufrago en un mar de letras, sometido al vaivén de las líneas de texto, sitiado por una música sublime, seductora, que lo incita a rendirse y a dejarse arrastrar hasta la parte más oscura de la obra…

Una ráfaga de viento golpea el libro y lo cierra; *Odisea*, se lee en la cubierta.

Musica_sirenas.indd 116 11/11/13 5:49 PM

Voces como arpones

María Obligado
Argentina

Asomadas a la reja cantamos las tres hermanas, Murguen, Nadina y yo. Los vecinos no se quejan. Al contrario, suspenden el asado del mediodía para poder escuchar. Sobre todo en primavera, cuando nuestras voces se mezclan con el azul profundo del jacarandá. Mamá canturrea en la cocina, suspira y recuerda, dice algo sobre unas rocas, piensa en el mar. Pero ahora nos deja el lugar a nosotras, sus herederas. Con nuestros dedos delgados, y nuestro cuerpo cimbreante, que casi envuelve los barrotes de los balcones, ante los ojos extasiados del barrio. Nuestro padre sonríe en el taller, admirado de que, a pesar de su fealdad casi ciclópea, le hayan nacido unas hijas tan bellas.

En la casa de altos balcones donde son felices, mi madre guarda el secreto de haber seducido a otro hombre, un tal Ulises y, mientras mira a su esposo con ojos de mar, agradece no haber caído en sus brazos.

Pero ésas, ahora, son viejas historias. Como arpones llenos de codicia, nuestras voces se alzan plateadas, sinuosas. Pocos pasan entre las dos esquinas sin mirarnos. Todos nos oyen, alguien caerá en las redes.

De novis sirenis

David Baizabal
México

—Discúlpenme, pero ustedes no aparecen en la lista.

—¡Imposible! Fíjate bien, hombre, debemos andar por ahí.

—Mmm…

—…

—No… Sí, aquí están… pero hay un problema: la descripción no corresponde con su apariencia.

—¡Pero qué demonios…!

—¡Sshh!, no blasfemes, hombre. Como les decía, según lo que aquí dice deberían ser aladas, con busto y rostro femenino y de voz encantadora, y lo que yo veo no es más que anfibios humanos de aspecto más bien pecaminoso.

—Oh, vamos, Noé, eso que dices es sólo un mito.

Musica_sirenas.indd 120 11/11/13 5:49 PM

Ninfa de ciudad

Nana Rodríguez
Colombia

A Javier Perucho, sirenólogo

Cuando despertó, con las sábanas alrededor de su cola majestuosa, olorosa a sal y a noche, tendió su mano para constatar la presencia del amado, pero sólo encontró un manuscrito con signos breves donde se relataba una larga travesía. Afuera, el sonido de las patrullas de la policía la hizo arrastrarse por la habitación del hotel, en busca de aquellos tapones para casos de emergencia.

Musica_sirenas.indd 122 11/11/13 5:49 PM

La trainera

Mario Cruz
México

Subí a la trainera; acompañado por mis pescadores salimos a lanzar la red. El sol y el mar ondulaban, hipnóticos. La pesca era irregular, pues no ubicábamos el banco. Yo estaba conservando unos pescados cuando una gritería en la popa llamó mi atención. Me dirigí al lugar y, ahí, sobre los peces boqueantes y rodeada por la tripulación, se encontraba una sirena; imposible describir su aperlada piel, su cabellera argéntea y su cola azul metálico. Y no cantó. Yo tenía entendido que con su canto seducía a cualquiera, pero no cantó. Todos estábamos inmóviles y mudos. Sólo un pelícano se atrevió a romper el cuadro, sólo un pelícano y el pescador que se arrojó sobre ella, besándola en el cuello y apretando rabiosamente su cuerpo. La sirena me miró indiferente. Sentí miedo. El pescador —sus ojos eran dos fogones—, con el rostro deformado, le mordía los senos; fuera de sí agarró un cuchillo, le dio una puñalada en la cola y por ahí la mancilló; su ejemplo fue seguido por el resto de la tripulación. Y no cantó ni emitió ningún gemido, sólo sus ojotes viéndome, indiferentes. No pude soportarlo. Desenfundé la pistola, disparé sobre los que la estaban ultrajando y las balas restantes se las ofrecí a la turba que me acorralaba. Me lancé al mar, nadé hasta

Musica_sirenas.indd 123 11/11/13 5:49 PM

el desvarío y casi en la inconciencia llegué a la playa. Algunos me han dicho que la trainera y su tripulación nunca fueron encontrados; no lo sé, porque desde entonces trabajo como minero, aunque no sé si sea seguro: empieza a preocuparme el bélico canto de los gnomos.

Musica_sirenas.indd 124 11/11/13 5:49 PM

Mi Circe

Andrés Elías Flórez Brum
Colombia

A Alma Rosa

Una diosa en su errancia acude, en las tardes después de la lluvia y en días impares, a mi ventana. Mientras, en su vuelo emergente, distrae a mi mujer haciéndole florecer rosas y azucenas en el antejardín.

Yo no sé qué decirle cuando, desnuda en mi cama, luego de amarme apasionada, me dice que tras su cuerpo de sirena la puedo seguir muy lejos. Ahora, con mi forma de pez alado.

Musica_sirenas.indd 126 11/11/13 5:49 PM

La sirena que no cantaba

Agustín Cadena
México

Allya era una sirena tan rara que su madre y sus hermanas preferían no llevarla cuando salían. No cantaba. De pronto se sabía que un barco andaba cerca, y todas las sirenas subían a la superficie y se apostaban en algún peñasco o se dejaban mecer por las olas mientras el sol destellaba en sus colas verdeazules. Así acechaban a los marineros para volverlos locos con la terrible maravilla de su canto. Sólo Allya no cantaba. Pero no sólo eso: ni siquiera parecían interesarle los marineros.

Su madre habló con ella: trató de explicarle cuál era la tarea de su especie en este mundo; le describió la belleza de los ojos de los hombres cuando, agonizantes, miran por última vez antes de hundirse la boca de coral que los llevó a la muerte. Fue en vano: Allya no deseaba cantar ni encantar marineros.

Un día, dicen, apareció por esos lugares un marinero sordo. Ninguna sirena pudo hacerle nada, excepto Allya. En verdad, una vez que las otras agotaron sus más exquisitas melodías, Allya nadó hasta cerca de la nave y desde ahí se le quedó viendo al hombre. Él sintió que nunca había visto unos ojos tan tristes, se quedó prendado de ellos y quiso seguirlos, así fuera al

Musica_sirenas.indd 127 11/11/13 5:49 PM

fondo mismo del océano. Y se perdió por los ojos de Allya y a ella nadie volvió a decirle nada.

Desde entonces las sirenas tienen la costumbre de peinar sus cabellos con peines de tortuga y ponerse un rímel de tintura de erizos que les hace ver los ojos tristes.

Musica_sirenas.indd 128 11/11/13 5:49 PM

La despedida

Rubén Tito Roque Aroni
Perú

Cuando él partió a la guerra, ella prometió esperarlo. Cada mañana se sentaba a las orillas del mar con la vista fija en el horizonte, tejiendo y tejiendo. Diez años después, la guerra terminó y entre los héroes vueltos a la patria ella no reconoció a su amado. Entonces dejó el tejido, se encaminó hacia la bahía, delirando de amor se aventuró al mar y se perdió en el horizonte. Ahora, en medio del océano, todas las mañanas entona melodías dulces con la esperanza de que el mar le devuelva a su amor.

Musica_sirenas.indd 130 11/11/13 5:49 PM

La sirena Dschauhare

Ea Pozoblock
México

Cuando leyó la historia de la sirena Dschauhare, Basim perdió la cabeza. Embarcó como marinero en el puerto más cercano, él que jamás había subido a barco alguno en su vida, y bordeó los mares conocidos y desconocidos, enfrentó todos los peligros existentes e inexistentes, conquistó tierras inhóspitas y lejanas, alcanzó gloria y riqueza, barrió el mundo entero y no pudo encontrarla.

Desalentado, casi derrotado para siempre por un amor inasible, desandó las corrientes en un buque pesquero y a su regreso a casa la encontró nadando a un costado del buque; ignorante del aspecto de su amada la confundió con un pez dorado, la pescó, la devoró.

Acaso ése y no otro sea el único fin del verdadero amor.

Musica_sirenas.indd 132 11/11/13 5:49 PM

Instant Karma sirénico

Pablo Brescia
Argentina / EE. UU.

Reunidas en el cónclave de Capri, las sirenas se mostraban desanimadas. Según el oráculo, no había escapatoria: su cabello sería largo y hermoso, tendrían patas de ave en una tradición y cola de pez en otra, sostendrían en sus manos ora un espejo, ora algún instrumento musical, y sobre todo, lo peor: su canto, dulce e hipnótico, formaría parte de un cruel engaño. No había dudas: por siempre bellas y peligrosas, las sirenas pasarían a la historia por asesinas y antropófagas. Pero una de ellas, Pisínoe, la persuasiva, les dijo que no debían desesperarse, ya que un libro antiguo (que los modernos llamarían de autoayuda) anunciaba la existencia de algo misterioso denominado karma que podía revertir el destino de su especie. Había que concentrarse en desarrollar las cualidades positivas, la belleza y el canto, para poder reencarnar en una forma superior. Sus compañeras la miraron como se mira a una loca. Ahí llega Ulises, dijo una de ellas. Y todo comenzó.

Hoy, ululando por las calles de una ciudad vertiginosa, subida a ambulancias o autos de policía, convertida en apósito inútil para el dolor, Pisínoe, redonda o rectangular, roja o azul, no puede dejar de pensar que todo regresa, mientras

tararea para sí la canción de John Lennon: *Instant Karma is gonna get you!*

Musica_sirenas.indd 134 11/11/13 5:49 PM

Tra(d)ición

Samia Badillo
México

Ulises la vio por última vez, desnuda, sobre las sábanas blancas. Le acomodó un rizo que caía sobre su frente. Le susurró el inminente adiós sin que su voz temblara. Afuera, el canto de las sirenas se acompasaba al mar y Ulises, lleno de deseo, emprendió su camino fuera de casa. Ulises marcha hacia el puerto, con paso firme se dirige hacia los cuerpos de las dos sirenas que, sobre la arena, aguardan. Ellas se miran sonrientes. Suben al barco, lo atan al mástil. Y después de todos los años se cumple su destino: las sirenas callan.

La sirena ebria

Aldo Flores Escobar
México

Quiebra las rimas de su canto para desencadenar carcajadas mientras sus pechos palpitan en el aire; con su virginal postura de doncella marina, la sirena ebria parece un delicado esquife que agita las aguas con su único remo.

Señora del agua

Primitivo López
México

Después de comprar los mariscos en el Mercado de la Viga, caminé hasta el estacionamiento, pues la bolsa con los chiles poblanos no pesaba. Antes de llegar al coche una muchacha olorosa a ciénaga me preguntó si quería darle un aventón a su casa. Sopesé la solicitud antes de contestarle, pues llevaba la cartera con mi sueldo y ella no cargaba nada entre sus manos, ni siquiera el mandado de las compras, que uno supone debe llevar en ese lugar, pues a eso va uno. Fui a comprar a ese mercado los ingredientes para preparar el guiso predilecto de mis antiguos colegas del seminario: Chiles rellenos de mariscos, circundados por una montañita de arroz blanco salpicada de chícharos.

Como no había más que pensar, le dije que se subiera. El olor a manglar seguía acompañándonos, aunque no hice caso por el sitio en que me encontraba, un mercado inmenso que oferta productos marinos. Saliendo del estacionamiento le pregunté dónde vivía, En cualquier lado, me contestó, Cómo, le respondí, Sí, yo me bajo donde tú me indiques, volvió a decirme. Aunque la sorpresa era demasiada, entreveía sus caderas, las cimas de su busto, el cuello desnudo. Una falda larga ocultaba

Musica_sirenas.indd 139 11/11/13 5:49 PM

sus piernas, aunque me las imaginaba carnosas pues se untaban al tejido.

Me atreví a invitarla a mi casa, ya que aún tenía tiempo antes de que llegaran mis invitados a la comida. Muy bien, respondió, pero te adelanto que soy una señora del agua y pertenezco a ella. Una qué, le pregunté sorprendido, ¡Señora del agua!, repitió en un grito unánime, pero no te preocupes, cuando lleguemos te explico. No dije nada más y seguí manejando, pues esas cimas —piernas, cadera, senos y cuello— ondulaban en mi horizonte vespertino.

El olor a marisma seguía impregnando el coche cuando llegamos a la casa. Me estacioné, cargamos las viandas y la invité a pasar. Mientras llevaba los alimentos a la cocina la convidé a que se instalara cómodamente. Aventé los comestibles sobre la barra y regresé con ella. Entonces la interrogué, Qué significa eso de señora del agua. Ahora vas a ver, respondió mientras se plegaba la falda hasta la rodilla. ¡Santo Dios!, grité sorprendido al ver, más que unos muslos, una larga cauda colmada de escamas, viscosa y tornasolada. Puedes tocarla, me invitó. Enseguida quiso desabrocharse la falda, pero el botón se quedó atorado en el ojal, por lo que me pidió ayuda. Más que solícito circundé su espalda, lo desatoré y la falda cayó entre sus pliegues. Pude mirar unas nalgas prominentes que me alteraban el resoplo. Bruscamente me jaló los brazos, así quedé pegado a su fría espalda. Entonces me di cuenta que los olores pútridos del marisma se desprendían de ella. Nada me importó, acerqué mi boca a su cuello, ella ladeó su cabeza a la izquierda para que pudiera juguetear con su nuca, donde seguí olisqueándola. Entretanto, ella restregaba

marinamente sus pomposas nalgas en mi bragueta. Luego, sin más pretexto, se dio la vuelta para aventarme de un sopetón. Y se dirigió a la recámara, donde se desprendió de la blusa antes de recostarse en la cama. Desde allí me llamó, Ven, súbete, si quieres que sea tuya, tienes que ayudarme a desprender las escamas que enfundan estos muslos. Y levantaba su tronco caudal. Me subí sin pensarlo y empecé a besarla en el cuenco de su busto con avaricia, pero ella empujaba mi cabeza hacia el vértice de sus ancas, claro que yo cedía, no me importaba beber en esos humedales, pero ella no quería besos ahí, sino más abajo, entre sus aletas.

Cuando llegaron, no atendí el llamado de mis invitados, pues seguí desprendiendo con la lengua, los labios y la barbilla las escamas que tapizaban su cauda. Por cada desprendimiento, ella entornaba los ojos, susurraba en una lengua ultramarina y se convulsionaba como se agita un pez fuera del agua. El anhelo de unas ancas fue su perdición; la ganancia de un placer terrenal fue el mío.

Como eso de la descamada es un trabajo de nunca acabar, por las noches ella es mía, sólo entonces la poseo como la sapiencia humana ha consagrado. Al amanecer me entrego ladinamente a sus requerimientos, aunque antes me adoquino la nariz con unos filtros de cigarro. Eso sí, ahora guardo la lengua para otros días, cuando desprendo las escamas adheridas a su trasero. Ella nomás lo consiente. Ya le pregunté qué hará cuando termine de descamarla, pero me da largas. Tú síguele, me ordena, ya veremos qué otro trabajo se me ofrece.

Musica_sirenas.indd 141 11/11/13 5:49 PM

Caldo largo de cola de sirena

Ana Clavel

México

Ingredientes:
1 sirena, vivita y coleando
Agua de mar
1 jitomate
1 cebolla
4 dientes afilados de ajo
Hierbas de olor
Culantro muy picado
Sabido es que el pez por la boca muere,
pero a la sirena hay que pescarla con
un anzuelo en el que habrá de
disponerse un peine de
ámbar. Una vez que
la haya reservado
en la pileta de la
cocina, cuídese
de mirarle la
punta de la
aleta caudal,
o
de lo contrario
nunca llegará
a preparar
el delicioso
caldo de
cola de
sirena
*

NOTICIA DOCUMENTAL

Anderson Imbert, Enrique, "Jasón", en Laura Pollastri (ed.), *El límite de la palabra. Antología del microrrelato argentino contemporáneo*, Palencia, Menoscuarto, 2007, p. 36.

Arteaga Conde, Evelia, "Qué cantan las sirenas", en *Fix100. Revista Hispanoamericana de Ficción Breve*, Lima, núm. 1, julio-diciembre, 2009, pp. 37-47.

Avilés Fabila, René, *De sirenas a sirenas*, prólogo de Rubén Bonifaz Nuño, viñetas de José Luis Cuevas, México, UAM-Xochimilco, 2010, 126 pp.

Badillo, Samia, "Tra(d)ición", en José Manuel Ortiz Soto y Fernando Sánchez Clelo (antólogos), *Alebrije de palabras. Escritores mexicanos en breve*, prólogo de Lauro Zavala, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2013, p. 134.

Báez Jorge, Félix, *Las voces del agua. El simbolismo de las sirenas y las mitologías americanas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1992, 308 pp.

Baizabal, David, "*De novis sirenis*", se publica por primera vez en esta antología.

Benedetti, Mario, "Un reloj con números romanos", en *Cuentos completos (1947-1994)*, prólogo de José Emilio Pacheco, México, Alfaguara, 2001, pp. 517-518; "La sirena viuda", pp. 465-466.

Benza González, Alberto, "Infidelidad", se publica por primera vez en esta antología.

Bianchi, Sandra, "Extremas", se publica por primera vez en esta antología.

Borges, Jorge Luis, "Sirenas", en *El Cuento. Revista de Imaginación*, México, abril, 1969, núm. 35, p. 299.

Brasca, Raúl, "Duelos", en *Las gemas del falsario*, Cuadernos del Vigía, Granada, 2012, pp. 28-29.

Brescia, Pablo, "*Instant karma* sirénico", se publica por primera vez en esta antología.

Cadena, Agustín, "La sirena que no cantaba", se publica por primera vez en esta antología.

Camps Perarnau, Susana, "Lobo de mar", en *Viaje imaginario al Archipiélago de las Extinta*, Madrid, Talentura, 2013, p. 27.

Cartas, Ricardo, "Congreso de sirenas", se publica por primera vez en esta antología.

Castillo, Abelardo, "Undine", en *En frasco chico. Antología de microrrelatos*, selección de Silvia Delucchi y Noemí Pendzik, Buenos Aires, Colihue, 2004, pp. 35-36.

Chavezmaya, Marco Aurelio, "Resplandores", se publica por primera vez en esta antología.

Clavel, Ana, "Caldo largo de cola de sirena", en *Las ninfas a veces sonríen*, México, Alfaguara, 2012, p. 49.

Cruz, Juana Inés de la, "En que cultamente expresa menos aversión de la que afectaba un enojo", en *Obra selecta*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. 215-216.

Cruz, Mario, "La trainera", se publica por primera vez en esta antología.

Cuéllar, Margarito, "Sirenas", en *Animalario*, dibujos de Guillermo Ceniceros, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2012, p. 103.

Cutillas, Ginés S., "¡Sirenas!", se publica por primera vez en esta antología.

Darío, Rubén, "Los pescadores de sirenas", en *Poemas en prosa*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1948, pp. 33-36.

Denevi, Marco, "Silencio de sirenas", en *Falsificaciones*, Buenos Aires, Calatayud, 1969.

Dublín, Esteban, "Sirena", pertenece a la serie "Zooilógico", en http://estebandublin.blogspot.mx [consultado el 1 de noviembre de 2013].

Durand, José, *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*, 2ª ed., México, FCE, 1983, 236 pp.

Elphick, Lilian, "Lorelei", en *Bellas de sangre contraria,* Santiago de Chile, Mosquito Editores, 2009, p. 36.

Epple, Juan Armando, "La Pincoya", en *Para leerte mejor,* Santiago de Chile, Mosquito Editores, 2010, p. 50.

Esteban Erlés, Patricia, "Sirena", se publica por primera vez en esta antología, el cual pertenecía a *Casa de muñecas,* Madrid, Páginas de Espuma, 2012.

Flores Escobar, Aldo, "La sirena ebria", pertenece a la novela inédita "Orgía con las sirenas".

Flórez Brum, Andrés Elías, "Mi Circe", se publica por primera vez en esta antología.

Galeano, Eduardo, "Sirenas", en *Bocas del tiempo,* México, Siglo XXI Editores, 2004, p. 172.

García Márquez, Gabriel, "La sirena escamada", en Maryluz Vallejo y Daniel Samper Pizano (selección y prólogo), *Antología de notas ligeras colombianas,* Bogotá, Aguilar, 2011, p. 504.

García Z., Rafael, "Uno de sirenas", se publica por primera vez en esta antología.

Gardella, Martín, "La sirena del desierto", en *Instantáneas,* Buenos Aires, Andrómeda, 2010, p. 124.

Gómez de la Serna, Ramón, "El chal de lentejuelas", en Benito Arias García (selección), *Grandes minicuentos fantásticos,* Madrid, Alfaguara, 2004, p. 58.

Gudiño Kieffer, Eduardo, "La sirena en el arca", en Laura Pollastri (ed.), *El límite de la palabra. Antología del microrrelato argentino contemporáneo,* Palencia, Menoscuarto, 2007, pp. 53-54.

Guedea, Rogelio, "La flauta de Ligia", se publica por primera vez en esta antología.

Jaramillo Levi, Enrique, "El lugar de la gloria", se publica por primera vez en esta antología.

Jiménez Emán, Gabriel, "La sirena que estaba de vacaciones", en *Había una vez... 101 fábulas posmodernas,* Caracas, Alfaguara, 2009, p. 62.

Lagmanovich, David, "Otra sirena", en *Los cuatro elementos. Microrrelatos*, Palencia, Menoscuarto, 2007, p. 86; "La sirena", p. 66; "Sirenas emigrantes", p. 83.

_____, "Sirenas", en *Memorias de un microrrelato*, Buenos Aires, Macedonia, 2010, p. 76.

Lampedusa, Giuseppe Tomasi de, *La sirena*, traducción de Rafael Antúnez, Xalapa, Editora del Gobierno del Estado de Veracruz (Clásicos del Siglo XX), 2004, 71 pp.

Lao, Meri, *Las sirenas, historia universal de un símbolo*, México, Era-Librería Las Sirenas, 1995, 216 pp.

Leiva, René, "La sirena violada", en *Metavías*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1983.

López Costero, Fermín, "Barcos que arriban al amanecer", en *La soledad del farero y otras historias fulgurantes*, León (España), Ediciones Leteo, 2009, pp. 38-39.

López, Primitivo, "Señora del agua", en *Crónica de los ácaros*, Axolotitlan, Ediciones M (Espejo de Obsidiana), 2011, pp. 56-58.

Lugo, José Antonio, "Soy Ulises", se publica por primera vez en esta antología.

Machado, Wilfredo, "El amor de las sirenas", en *Libro de animales*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1994, p. 73; "El silencio de las sirenas", pp. 71-72.

Mellado, Isabel, "El último sireno", se publica por primera vez en esta antología.

Mendoza, Leo, "La pesca de sirenas", se publica por primera vez en esta antología.

Monsreal, Agustín, "Serenidades", en *Revista de la Universidad de México*, nueva época, núm. 73, marzo, 2010, pp. 35-38.

Muñoz Valenzuela, Diego, "La última sirena", en *De monstruos y bellezas*, Santiago de Chile, Mosquito Editores, 2007, p. 33.

Musica_sirenas.indd 148 11/11/13 5:49 PM

Obligado, María, "Voces como arpones", en Clara Obligado (ed.), *Por favor, sea breve. Antología de relatos hiperbreves,* Madrid, Páginas de Espuma, 2001, p. 28.

Ortiz Soto, José Manuel, "Altamira, se publica por primera vez en esta antología.

Pellicer, Gemma, "Ulises", en *La danza de las horas,* Zaragoza, Eclipsados, 2012, p. 42.

Perucho, Javier (estudio preliminar, selección y bibliografía), *Yo no canto, Ulises, cuento. La sirena en el microrrelato mexicano,* México, Ediciones Fósforo-Conarte, 2008, 76 pp.

Pozoblock, Ea, "La sirena Dschauhare", en *Luna Hiena,* México, Instituto Chihuahuense de Cultura-Solar (Colección Narrativa), 2007, p. 164.

Pulido Ritter, Luis, "Seis movimientos sobre sirenas", se publica por primera vez en esta antología.

Ramos Sucre, José Antonio, "Mar latino", en *Las formas del fuego,* Madrid, Siruela, 1988, p. 447.

Rodríguez Castro, Antón, "Un pueblo con sirenas", se publica por primera vez en esta antología.

Rodríguez, Adriana Azucena, "Sirenas de kermés", en *Postales. Mini-hiperficciones,* México, Fósforo-CNCA, 2013, p. 69.

Rodríguez, Nana, "Ninfa de ciudad", se publica por primera vez en esta antología.

Romagnoli, Juan, "Versión", se publica por primera vez en esta antología.

Roque Aroni, Rubén Tito, "La despedida", se publica por primera vez en esta antología.

Senegal, Umberto, "El deseo", en *La uva de los filósofos. Minificciones,* estudio de Orlando Mejía Rivera, Manizales (Colombia), Universidad de Caldas, 2010, pp. 171-172.

Serrano Cueto, Antonio, "La camarera cantante", se publica por primera vez en esta antología.

Shua, Ana María, "Huevos de sirena", en *Cazadores de letras. Minificción reunida. Temporada de fantasmas*, Madrid, Páginas de Espuma, 2009, p. 713.

_____, "214", en *Cazadores de letras. Minificción reunida. La Sueñera*, Madrid, Páginas de Espuma, 2009, p. 224.

_____, "La emboscada", en *Cazadores de letras. Minificción reunida. Botánica del caos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2009, p. 652.

_____, "Alimentos del mar", en *Cazadores de letras. Minificción reunida. Temporada de fantasmas*, Madrid, Páginas de Espuma, 2009, p. 804.

Sierra, Justo, *Cuentos románticos*, prólogo de Raymundo Ramos, epílogo de Hilarión Frías y Soto, México, Factoría, 1999, 339 pp.

Torri, Julio, *Obra completa*, edición de Serge I. Zaïtzeff, México, FCE, 2011, p. 164.

Tovar, Luis, "De líquido silencio", se publica por primera vez en esta antología.

Vásquez Guevara, Rony, "*Hic sunt sirenae* o el origen de las sirenas", se publica por primera vez en esta antología.

Vizcaíno, Laura Elisa, "Una cosa por otra", se publica por primera vez en esta antología.

Wunderlich, Werner, *Mythos sirenen. Texte von Homer bis Dieter Wellershoff*, Stuttgart (Reclam Taschenbuch, 20153), Reclam, 2007, 219 pp.

Musica_sirenas.indd 150 11/11/13 5:49 PM

Índice

9 Agradecimientos

11 Prologuillo

La música de las sirenas

21 Los pescadores de sirenas
Rubén Darío

23 Mar latino
José Antonio Ramos Sucre

25 Sirenas
Jorge Luis Borges

27 La sirena escamada
Gabriel García Márquez

29 El amor de las sirenas
Wilfredo Machado

31 Sirena
Patricia Esteban Erlés

33 Undine
Abelardo Castillo

35 El deseo
Umberto Senegal

37 Jasón
Enrique Anderson Imbert

Musica_sirenas.indd 151 11/11/13 5:49 PM

39 Lobo de mar
Susana Camps Perarnau

41 La última sirena
Diego Muñoz Valenzuela

43 La pesca de sirenas
Leo Mendoza

45 Versión
Juan Romagnoli

47 La camarera cantante
Antonio Serrano Cueto

49 La Pincoya
Juan Armando Epple

51 Sirenas
Margarito Cuéllar

53 La sirena del desierto
Martín Gardella

55 ¡Sirenas!
Ginés S. Cutillas

57 Altamira
José Manuel Ortiz Soto

59 Barcos que arriban al amanecer
Fermín López Costero

61 Otra sirena
David Lagmanovich

63 La sirena que estaba de vacaciones
Gabriel Jiménez Emán

67 Sirena de kermés
Adriana Azucena Rodríguez

Musica_sirenas.indd 152 11/11/13 5:49 PM

69 Sirenas
Eduardo Galeano

71 El lugar de la gloria
Enrique Jaramillo Levi

73 Extremas
Sandra Bianchi

75 Seis movimientos sobre sirenas
Luis Pulido Ritter

77 Una cosa por otra
Laura Elisa Vizcaíno

79 Un pueblo con sirenas
Antón Rodríguez Castro

81 Infidelidad
Alberto Benza González

83 Huevos de sirena
Ana María Shua

85 El último sireno
Isabel Mellado

87 Congreso de sirenas
Ricardo Cartas

89 Silencio de sirenas
Marco Denevi

91 La sirena en el arca
Eduardo Gudiño Kieffer

93 La sirena violada
René Leiva

95 Duelos
Raúl Brasca

Musica_sirenas.indd 153 11/11/13 5:49 PM

97 La flauta de Ligia
Rogelio Guedea

99 Sirena
Esteban Dublín

101 Resplandores
Marco Aurelio Chavezmaya

103 *Hic sunt sirenae*
o el origen de las sirenas
Rony Vásquez Guevara

105 Ulises
Gemma Pellicer

107 De líquido silencio
Luis Tovar

109 Lorelei
Lilian Elphick

111 El chal de lentejuelas
Ramón Gómez de la Serna

113 Soy Ulises
José Antonio Lugo

115 Uno de sirenas
Rafael García Z.

117 Voces como arpones
María Obligado

119 *De novis sirenis*
David Baizabal

121 Ninfa de ciudad
Nana Rodríguez

Musica_sirenas.indd 154 11/11/13 5:49 PM

123 La trainera
Mario Cruz

125 Mi Circe
Andrés Elías Flórez Brum

127 La sirena que no cantaba
Agustín Cadena

129 La despedida
Rubén Tito Roque Aroni

131 La sirena Dschauhare
Ea Pozoblock

133 *Instant Karma* sirénico
Pablo Brescia

135 Tra(d)ición
Samia Badillo

137 La sirena ebria
Aldo Flores Escobar

139 Señora del agua
Primitivo López

143 Caldo largo de cola de sirena
Ana Clavel

145 Noticia documental

Musica_sirenas.indd 155 11/11/13 5:49 PM

La música

de las sirenas, de Javier Perucho, se

terminó de imprimir en diciembre de 2013, en

Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R.L. de C.V., ubicados

en Pedro Cotrés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C.P. 50050,

Toluca, Estado de México. El tiraje consta de mil ejemplares. Para

su formación se usó la tipografía *Borges,* de Alejandro Lo Celso, de

la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo

Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Portada: Iván Emmanuel

Jiménez. Formación: Lucero Estrada. Cuidado de la edición:

Elisena Ménez Sánchez, Delfina Careaga y Javier Perucho.

Supervisión en imprenta: Lucero Estrada. Editor

responsable: Félix Suárez.

Musica_sirenas.indd 156 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 157 11/11/13 5:49 PM

Musica_sirenas.indd 158 11/11/13 5:49 PM

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

COLECCIÓN LETRAS/NARRATIVA

A mi autor le he oído hablar varias veces de un amigo suyo llamado Javier, que se define como sirenólogo y ha coleccionado todas las sirenas que habitan el territorio de la minificción. Espero que ahora no se le ocurra la idea de ponerme a trabajar de sirena. No soy una rareza de circo: soy un microrrelato respetable, por cuyo interior circulan caballeros atildados y damas de educación victoriana. Además, el único pez que tolero es la trucha, siempre que la sirvan como la preparan en Bariloche. Y no digo más, porque no quiero que se sienta insultada alguien que es casi una mujer.

DAVID LAGMANOVICH, *Sirenas*

GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO

GENTE QUE TRABAJA Y LOGRA enGRANDE